



SUSPIROS EN TIEMPOS DE ANTAÑO



DELYI GIANNI

Suspiros en tiempos de antaño

Delyi Gianni

Copyright © 2014 Delyi Gianni

Texto del copyright

1ª edición

ISBN:

Agradecimientos

Dedico toda mi gratitud y reconocimiento a aquella persona que un día, de un año cualquiera, me desnudó su alma sin escrúpulos y me cedió el honor de contar su historia, tan apasionante y realista como su vida misma.

Prólogo

Con la "Guerra Civil Española" aún presente en nuestros subconscientes, en una zona de España arraigada a sus antiguas costumbres, donde la vida significaba trabajo en el campo a cambio de humildes limosnas e incluso sólo comida. Tierra desconocida en el corazón de la península española, dominada por grandes terratenientes que hacían y deshacían a su antojo. Un joven jornalero amigo íntimo de la hija del gran terrateniente Don Carlos, enamorada locamente del humilde trabajador, le presenta en una de las típicas fiestas patronales del pueblo a su primo Ricardo, procedente de las altas esferas de Barcelona.

La pasión y el deseo que sienten ambos es singular, pero en esos tiempos, el amor entre dos hombres era una enfermedad que por todos los medios había que erradicar. Elisa, (hija de Don Carlos) no está dispuesta a perder el amor de su vida. El desenlace es inesperado al igual que el transcurso de las vidas de un triángulo amoroso imposible.

Era una calurosa tarde de verano del año 1948, el sol doraba el campo con un color cobrerizo, se apreciaba una suave brisa que te acariciaba el rostro como un amante que se despedía para nunca volver.

Fernando, un joven de 15 años su pelo a media melena, era dorado como las espigas de maíz que crecían en la finca que sus padres y él trabajaban, sus ojos eran verde aceituna y tenía un cuerpo curtido en las duras jornadas de trabajo que realizaba.

Después del duro esfuerzo que exigía el campo en aquellas soleadas tierras extremeñas, se refrescaba en un afluente cercano con su amiga de la infancia Elisa, heredera de la mayor parte de las hectáreas de la zona, tenía 14 años, pelo oscuro y unos ojos grandes color avellana, que se iluminaban cada vez que captaban la presencia de su mejor amigo, Tenía un cuerpo estilizado y una elegancia innata con pequeños aires de grandeza.

Juntos deleitaban las últimas horas de sol, bañándose y disfrutando de las frías corrientes de agua que bañaban los secos y recios campos extremeños. Cuando los efímeros rayos de sol iluminaban las cotas de los chopos, juntos marchaban a sus respectivas viviendas, una un poco más lujosa que la otra, contándose algunas intimidades, esperando Elisa que alguno de esos días Fernando confesara que estaba profundamente enamorado de ella. Pasaron los días, semanas y la dichosa frase no salía de su boca. Un 21 de julio llegó el tan deseado día de los vecinos, las fiestas patronales del pueblo, Fernando, Elisa y sus amigos de siempre comenzaron como todos los años los preparativos para disfrutar esos 3 días inolvidables.

Miguel, era una persona extrovertida, regordete, con el pelo rizado y una perilla muy característica, prestaba su granero para usarlo como un improvisado local y guardar en él las botellas de alcohol y demás suvenires que pronto degustarían.

Todos estaban deseosos preparando el local, escuchando la típica canción del verano y probando las bebidas recién compradas. Fernando estaba pintando la fachada del granero cuando vio con asombro a Elisa que se acercaba con sus andares característicos, acompañada de otro chico que Fernando no había visto antes.

-¡Fernando! –dijo gozosa Elisa, dándole un abrazo cariñoso.

Éste es mi primo Ricardo, ¡viene de Barcelona! Ambos se dieron la mano, se miraron un instante a los ojos, sonrieron y Fernando rápidamente preguntó. –
¿No sabía que tenías un primo hermano?

-Tan solo lo he visto un par de veces en mi vida. ¡Toma! Dijo Elisa ofreciéndole una brocha a su primo, para que ayudara a Fernando a pintar la fachada de ese viejo granero en desuso.

Ricardo tenía 16 años, pelo oscuro con tupé hacia el lado derecho, ojos negros como el manto de una noche cerrada y la piel clara con unos labios rosados y tiernos, era delgado y disponía de una vestimenta cara y muy cuidada. Sus padres eran adinerados, tenían prácticamente atada la vida de Ricardo, querían que fuese abogado para que trabajase en el mejor bufete de Barcelona con su padre. Éste estaba considerado sino el mejor, unos de los más destacados letrados del siglo XX en España.

Su madre, bajo una apariencia dulce y amable, se escondía una manipuladora capaz de hacer cualquier cosa para que su hijo se casase con Mélody, una descendiente de la alta nobleza catalana.

Ricardo y Fernando seguían pintando la fachada del granero, contándole éste aventuras pasadas que hizo junto a Elisa y sus compañeros, Ricardo no paraba de reír, hasta el punto de que dejó caer el cubo de pintura, deslizándose por la escalera acabando en la espalda de Fernando, Este se incorporó de inmediato mirando hacia arriba fijamente a Ricardo, ambos se observaron durante unos segundos, serios, con los ojos de asombro. De repente Ricardo comenzó a reír a carcajadas, Fernando se encogió tapándose su vientre del dolor que sentía debido a la repentina carcajada que le afloró.

Ricardo bajó de la escalera, le quitó la camiseta manchada de pintura y con un paño húmedo comenzó a secarle el torso desnudo. Suavemente, como si le acariciara, subiendo al cuello, Fernando con los ojos cerrados, respirando cada vez con más intensidad, abrió los ojos y tenía la cara de Ricardo a un palmo de la suya, nunca olvidará esos preciosos ojos negros mirando su boca fijamente, deseoso de saborearla. En ése instante el tiempo no existía, el ruido se hizo mudo, el mundo sólo giraba para los dos, ese palmo de

distancia se hacía por momentos más estrecho, hasta que se oyó el claxon de un coche. Era Miguel, traía más alcohol y refrescos para las fiestas que esa noche comenzaban. De un sobresalto ambos se separaron, Fernando cogió la manguera de agua y comenzó a quitarse toda la pintura, Ricardo fue inmediatamente a ayudar a Miguel, deleitándose durante el trayecto, no sabía bien por qué, pero sus ojos no dejaban de perseguir ese cuerpo empapado y ese pelo rubio despeinado hacia atrás. Sintió un pequeño apretón en su pantalón, se miró sonrojado y corrió a ayudar a Miguel en el local con los refrescos.

Llego la noche, era tradición lanzar un cohete al inicio de las fiestas, el padre de Elisa era el encargado de prenderlo todos los años, era el alcalde del municipio, tenía un elevado nivel adquisitivo y social, no era difícil convencer al pueblo de que le votaran año tras año, debido a que la mayoría de los vecinos trabajaban en sus tierras.

Tirado el cohete comienza la verbena popular, donde se congregan todos los vecinos, había una gran barra al costado derecho del escenario, donde se vendían todo tipos de bebidas. Fernando, Elisa y todos sus compañeros no podían comprar alcohol por ser menores de edad, con lo cual, como si fueran hormiguitas buscando alimentos, se dirigían al granero que estaba equipado con todo lo necesario, solían beber vino con refresco, le ofrecieron a Ricardo un vaso de ese dulce brebaje, Ricardo lo rechazó sonriendo y negándose sonriente con la cabeza.

-No bebo alcohol prima, de hecho nunca lo he probado, mis padres me lo tienen prohibido.

Elisa insistió, deslizando su brazo izquierdo por el cuello de Ricardo, susurrándole al oído. -¡Tonto! ¿Quién se va a enterar? ¡Pruébalo! Por tomar una o dos copas no te pasará nada.

No quiso quedar mal delante de todos y acepto la invitación, al principio le supo fuerte y muy dulzón, pero cada sorbo que daba le sabía mejor que el anterior.

Se llenaron una jarra de medio litro y se fueron a la verbena, bailaron, saltaron y se reían como si no hubiese un mañana, de repente una mano firme sujetó el hombro derecho de Ricardo, éste sonriendo miró hacia atrás, sus ganas de divertirse se desvanecieron cuando vio el rostro serio y amenazante de su padre. – ¡Papá!

-¿Qué estas bebiendo? Pregunto el padre con tono amenazante, Ricardo respondía entre dientes, -Nada padre simpl...

-Gracias Ricardo por sujetarme la jarra, dijo Fernando cortando aquella incrédula excusa que estuvo a punto de agraviarle la noche. El padre miró a Fernando y le preguntó: -¿ésa jarra es tuya?

-¡claro señor! Respondió fríamente.

El padre de Ricardo miró fijamente a los ojos de Fernando como esperando una mínima prueba gestual del engaño que le estaba ofreciendo, volvió a sujetar el hombro de su hijo, advirtiéndole: -ten cuidado y no olvides quien eres. El hijo asentó con la cabeza y se quedó mirando fijamente al suelo, el padre dio media vuelta y se fue donde estaban los padres de Elisa.

Entonces Fernando dijo a Ricardo: -¡volvamos al granero! Allí tenemos música, bebida y nadie nos molestará, lógicamente Elisa se unió al grupo y se fueron los tres, cuando llegaron empezaron a beber y a bailar, eran tres jovencitos con ganas de beberse la noche. Elisa no paraba de bailar con Fernando, y Ricardo se reía viéndolos, sentado en un viejo y roto sofá, que hacía su función mejor que si fuera nuevo.

De golpe se paró Elisa, como si un rayo le atravesara la cabeza y gritó: - ¡Vamos a jugar a un juego! -¿a cuál?-dijo estupefacto Ricardo. -A beso, verdad o atrevimiento. Fernando conocía perfectamente a Elisa, miró hacia un lado y luego a ella, sonrió y colocó los sillones para que los tres se vieran las caras mientras transcurría dicho juego.

El juego consistía en tres partes, te podían preguntar ‘beso’ y debías de dar un beso a uno de los tres, te preguntaba ‘atrevimiento’ y debías de hacer lo que te pidieran, o te preguntaba ‘verdad’ y debías de responder ‘sí’ fuere cual fuera la pregunta, si te negabas a hacer alguna de las pruebas, debías de beberte media jarra de vino sin refresco.

Comienza Elisa que acostumbraba a ser siempre la voz cantante del grupo, exclamó: -¡Pregunto a mi primo! él la miro con los ojos medio cerrados y enrojecidos, con esa sonrisa que nos asoma cuando bebemos unas copitas de mas, -¡verdad! Gritó Elisa. ¿Verdad que aunque sea tu prima, me ves muy atractiva? _dijo insinuante_. Ambos se rieron y respondió: -por supuesto prima.

De pronto Elisa miró de reojo a Fernando y sonriendo le dijo: -¡Beso! Él no gesticuló nada, solo la miró con los mismos ojos que tenía Ricardo. Exigiendo Elisa:- ¡Dale un beso a mis labios! Fernando sin mediar palabra, sujetó la cabeza de Elisa y tan sólo le rozó sus labios durante menos de un segundo, ambos volvieron a reírse, pero a Elisa no le sentó nada bien que se diera tanta prisa en separar sus labios de los de ella, con sonrisa fingida dijo

en tono vengativo: -ahora tu Primo, ¡elijo beso!

Con ojos airados exigió: ¡Besa mis labios! Ricardo sonriendo la beso durante un segundo y volvieron a reírse sin parar, Elisa con crispación se puso en pie, juntó las manos en su cintura y mirando a Fernando dijo: -¡vuelvo a elegir beso! Y sonrió con mirada cautiva, -dale un beso en la boca a Ricardo, Fernando miró la boca de su amigo, volvió a mirar a Elisa y dijo: -¡pero qué dices! ¿Cómo voy a besar a Ricardo? -si no te atreves, ya sabes, dijo ofreciéndole la media jarra de vino.

En el fondo de su ser Fernando lo estaba deseando, no sabía si era por el alcohol, la música o el momento, pero se moría por darle ese beso. Se acercó a su amigo, con su mano izquierda sujetó su nuca, aproximó la boca de Ricardo a la suya, cerraron ambos los ojos y se besaron, se acariciaron la cara mutuamente, ese beso parecía interminable, hasta que Elisa cogió la jarra de vino y la derramó sobre sus caras, ambos la miraron perplejos, como si despertaran de un sueño, disimularon excusándose en los efectos alcohol. Elisa gritándoles ‘cerdos’ se fue corriendo, nadie sabe a dónde.

Ricardo y Fernando medio avergonzados se fueron cada uno a su casa, sabiendo que aún quedaban dos días de fiesta y nuevas experiencias.

Al día siguiente unos resquicios de rayos de sol, asomaban por la ventana de Fernando, lo suficiente como para despertarlo, se levanta con la boca seca y ligero dolor de cabeza, debido probablemente al alcohol consumido la noche anterior. Se da una ducha fría, se pone unos vaqueros, su camisa blanca y las zapatillas que tiene para trabajar, de hecho las únicas que tiene.

Preparado para correr el encierro que se avecina a las doce de la mañana, se sirve un café bien cargado con galletas, le coge prestado un cigarrillo a su padre y se dispone dirección a la plaza. A medio camino se encuentra con Elisa, la primera frase que sale de su boca tenía tal sarcasmo que se le revolviéron las tripas.

-¡que! ¿Cómo te has levantado hoy? ¡Si supieras lo que hiciste anoche!

-¿eh? ¿Qué hice? Preguntó con disimulo, se acordaba perfectamente del maravilloso beso que le dedicó Ricardo.

-Nada, nada. Mejor que no te acuerdes, voy a ver a mi padre, nos vemos en la plaza con los demás.

-¡de acuerdo! Dijo entusiasmado, era un apasionado de los encierros y todo lo relativo al toro, venía inculcado de su padre, que también lo era.

A las doce en punto, por su puesto por el reloj de Don Carlos, como buen alcalde, comenzaba el encierro, se percibía un ambiente mágico, música, risas de niños, feriantes, hasta que tiran el cohete, indicando el comienzo del festejo, abriéndose la portona, saliendo el toro que investía todo lo que se encontraba a su paso. Fernando y todos sus compañeros salieron por las calles, corriendo detrás del animal, todos menos Ricardo, que se quedó sujeto a la valla, con su pierna derecha apoyada en el primer peldaño. - ¡Vamos Ricardo! Grito exaltado Fernando, -iros, yo os espero aquí. Ricardo no veía arte en el festejo, mas bien lo que presenciaba sus sentidos era puro maltrato animal, sólo bajaba para estar con sus compañeros, realmente para estar con Fernando, éste lo miró extrañado, no entendía por qué no corría detrás del toro con él, dio media vuelta y comenzó a correr con sus compañeros y demás vecinos del lugar. Pero cada vez que pasaba por la calle donde se encontraba Ricardo, su mirada dejaba de seguir al toro, y se

dirigían al manto negro de los ojos de Ricardo, sentía un nudo en el estómago cada vez que lo veía con cara de hastío, esperando que acabase para irse al granero a beber y disfrutar del día. Fernando no aguantaba más, se dirigió hacia él y le dijo sonriente: -¿sabes? Esto es un aburrimiento, ¿nos vamos al granero a tomarnos unas jarritas? A Ricardo le pareció una magnífica idea, de hecho en ese momento fue la mejor idea que había escuchado jamás.

A lo lejos, Elisa los observaba perturbada, viendo como su amigo se alejaba sin haberla avisado. Miró con ojos rabiados durante unos segundos, y comenzó a correr hacia el animal, como intentando dejar atrás los malos pensamientos que la acechaban.

Llegados al granero, ambos se tomaron tres copas y comenzaron una conversación insípida, no atreviéndose alguno a llegar al fondo del asunto.

Fernando, se quedó un momento mirando su vaso, agitándolo, observando como dos bloques de hielo, rozaban entre sí, bailaban entre ellos y se unían formando uno sólo, hasta que poco a poco se diluían y desaparecían para siempre.

Se levantó vertiginosamente, con los ojos brillantes comentando:-¡Tengo una idea!

¡Ven, sígueme!

-¿A Dónde? Preguntó sorprendido Ricardo.

-¿No tienes calor?

-Si... un poco, respondió titubeante,

-Nos vamos a dar un buen chapuzón en el río, ¿te apetece? Preguntó Fernando con los ojos llenos de ilusión.

-¿Pero, no llevo bañador?

-No seas gallina, ¡Sin ropa!

Ricardo lo pensó un par de segundos y dijo: Está bien ¿A qué esperamos?

¡Vámonos!

-¡Eso es! Dijo alegre Fernando, se llenaron otra jarra de vino y marcharon camino al río, no estaba lejos, a unos 10 minutos andando. Fernando lo conocía como la palma de su mano, fueron a una zona con poca corriente, el agua llegaba a la altura de la cintura y el fondo era arenoso con algunas pequeñas conchas de río, las cuales te hacían un cosquilleo muy agradable en la planta de los pies, estaban rodeados de chopos y abetos con dos metros de orilla arenosa. Para llegar a ese lugar, tenías que ser del pueblo, era prácticamente inaccesible, salvo por un tenue sendero.

Llegaron al lugar, Fernando sin mediar palabra comenzó a desnudarse, Ricardo mirándole de reojo, imitó la misma acción pero más inhibido.

Fernando comenzó a bajarse su prenda íntima, Ricardo asombrado preguntó con una sonrisa nerviosa:

- Pero, ¿Qué haces? _pregunto con asombro_

-¿Pretendes meterte en el río con ropa? _respondió Fernando, sosegado_

Y prosiguió a bajarse su única prenda, Ricardo pensaba que el miembro de Fernando era interminable, esa prenda seguía bajando despacio, muy despacio, Ricardo empezaba a ver la rosada punta del precioso pene de Fernando.

-¡Oh, no puede ser! Pensó Ricardo, preocupado por su gran erección. Fernando lo miro disimuladamente y se sumergió en las refrescantes aguas, Ricardo se quitó su prenda rápidamente a la vez que se mordía su labio inferior sonriente. Se adentró al río con sumo cuidado y se acercó a Fernando.

-¡Éste sitio es magnífico! Exclamó Ricardo.

-Lo sé, es mi lugar favorito, vengo aquí cuando quiero estar aislado.

Se sumergió bajo el agua y saltó fuertemente hacia arriba, se colocó su media melena hacia atrás cerrando suavemente los ojos. Ricardo sentía como su pene estaba a punto de estallar, Fernando lo sabía, y como un cortejo muy ensayado, comenzó a aproximarse, Ricardo nervioso se sumergió, emergió de repente y miró esos verdosos ojos que a la vez le correspondían la mirada. Sintió un leve escalofrío y sin saber muy bien por qué, dijo:- Nunca he sentido por nadie, lo que tú me haces sentir. ¡Y no lo entiendo!

Fernando se quedó pensativo, mientras hacía ondas en el agua con el dedo índice de su mano derecha, y respondió:

-Intentar explicar lo que siento al verte, es como tratar de cambiar el curso de estas aguas con estas insignificantes ondas. ¿Entiendes?

Entonces Ricardo se acercó despacio a la boca de su adorado amigo, y le susurró sutilmente:-Entiendo perfectamente.

Fernando acariciaba el rostro con delicadeza y éste entrelazaba sus brazos sobre el cuello de su amado, se fundieron en un beso como si lo necesitaran para sobrevivir, no existía zona en la piel que no fuera acariciada y erizada, Poco a poco se acercaron a la arenosa orilla, como si de un edén se tratase, se tendieron en ella, Fernando encima, con su tronco rodeado por las piernas de Ricardo, sujetó su rosado pene y se lo introdujo con delicadeza, muy poco a poco. Ricardo con la boca abierta, mirando a los aceitunales ojos, hasta que

éste se lo introdujo todo entero, besándole el cuello y empujándole a la vez que con su mano derecha acariciaba el miembro de Ricardo. Éste, observando el cielo azul con sus ojos negros, abiertos de par en par, susurrando:- ¡sigue! ¡sigue! No pares cariño. Mordiéndole el lóbulo de la oreja derecha. Numerosas aves se fugaron de los chopos debido a los gemidos que emitían, cada envite era más certero e intenso, terminando ambos en un absoluto clímax. Los cuerpos quedaron entrelazados durante varios minutos, mientras la corriente del río les besaba la planta de los pies, recordándoles que habían vuelto al mundo terrenal.

-¿Te ha gustado? Preguntó Fernando

-¿Qué si me ha gustado? He sentido como el cielo me desbordaba, la tierra me abrazaba y nuestras energías se unían formando un solo ser durante un efímero instante. ¡Ha sido increíble!

Volviéron al río agarrados de la mano, se dieron un último chapuzón, se vistieron entre juegos y risas, y volviéron al pueblo a comer la típica paellada que hacían el segundo día de fiestas en la plaza.

Llegaron a la plaza, allí estaban todos los vecinos degustando la gran paellada con pollos de corral, criados expresamente para ése día. Una tradición que hacían año tras año los vecinos, entre ellos estaba la madre de Fernando, tenía el cabello y los ojos de su hijo, era una maestra en la cocina tradicional.

A lo lejos, alguien se pone en pie y saluda, era Elisa con sus amigos, les había guardado dos asientos.

Ambos llegan a la mesa observando como la madre de Fernando se dirige hacia ellos, con dos platos rebosantes de pollo y arroz. Diciéndoles:- Comer que os hace falta, que el encierro ha sido largo.

- Si, si muy largo, dijo Elisa en tono sarcástico mirando a Fernando.

Éste le devolvió la mirada y comenzó a comer.

-¿dónde habéis estado? Preguntó Elisa cuando se fue la madre de Fernando.

- Le he enseñado a tu primo donde trabajo y el río que anda cerca.

Respondió con tono de indiferencia.

- A Fernando le encanta ese río, nos pasamos horas bañándonos cuando acaba la jornada, ¿verdad? Preguntó Elisa.

- sí, no hay nada como un buen chapuzón después de trabajar, respondió Fernando.

- ¿te gusta? Pregunto a su fiel amante Ricardo.

- ¡está buenísima! Tu madre tiene buena mano con la comida.

Entre bromas y anécdotas transcurría la comida con los amigos, deseando todos que asomase la luna vestida de blanco para ver el comienzo de la verbena y disfrutar de los brebajes rebosantes de lujuria y desenfreno.

Por otra parte los dos amantes estaban deseosos que terminara esa noche y llegara el último encierro para volver juntos a su mundo y sentir con la misma intensidad lo que percibieron hacía apenas dos horas.

Sin remedio alguno la noche se adentró, el peculiar sonido de los vendedores ambulantes combinado con las canciones de aquella época, inspiraba un ambiente prometedor.

Todos estaban en el granero embriagados y con ganas de mas, Elisa animó a bailar a Fernando, Ricardo estaba ocupado mezclando el vino con los pocos refrescos que les quedaban, cada gota de la noche era exprimida sin piedad,

los adolescentes sedientos la saboreaban como si del último fluido se tratase. Elisa sujeta la mano de Fernando y lo saca a la calle, lo sitúa contra la pared y mirándole a los ojos le dice:- Bueno, viendo que tú no te atreves.... me lanzaré yo, se acercó al rostro pálido de Fernando para dedicarle su mejor beso, apartando éste la cara. Elisa con cara de asombro y decepción dijo con voz entrecortada: _¿Pero... no te gusto?

-Eres divertida, guapa y mi mejor amiga, pero...

Se quedó unos segundos pensativo mirando hacia el suelo.

-me gustas como lo que eres, mi mejor amiga, nada más Elisa.

Ella mirándole fijamente a los verdosos ojos, con los suyos ahogados de lágrimas, permitiendo resbalar una por su mejilla izquierda.

Con el rostro que parecía el mismísimo diablo encarnado en mujer, dijo:- ¡Te odio! ¡Mírame, maldito seas! Eres mío o de nadie serás, ¡no olvides quien manda en este mísero pueblo!

Ricardo que salió a buscar a su amante, lo escuchó todo, no le vieron y volvió al granero disimulando como si no hubiese ocurrido nada. A los pocos minutos entró Fernando con la mirada inundada y perdida. Ricardo lo sacó rápidamente del granero para que nadie lo viera en ese estado, lo llevó a un callejón cercano donde la única farola que había estaba fundida, y le pregunto:- ¿qué te ha pasado cariño?

-Elisa, lleva muchos años enamorada de mí, lo sabía pero me hacía el tonto para que creyera que no me daba cuenta, hasta... el silencio cerró sus labios durante unos segundos.

-hasta que su corazón no lo soportó más y me ofreció su beso.

-¿Su beso? Preguntó rabioso, ¿cómo reaccionaste?

-¡Le rompí el corazón Ricardo! en mil pedazos, dijo llorando tapándose el rostro con ambas manos.

Ricardo lo abrazó, secó sus lágrimas, se aproximó a su boca y comenzó a besarle ocultos bajo la sombra de la noche, como dos fugitivos.

Ricardo separó su boca de la de su amante, éste deseaba más y susurrándole sonriente le dijo:-Para león, volvamos al granero que los demás nos echarán de menos. Fernando asentó con la cabeza y volvieron juntos a la fiesta.

Miguel los vio entrar, preguntándoles dónde habían estado, respondiendo Fernando que venían de la verbena, mientras llenaba dos vasos bien cargados de vino. La juerga seguía, cantando, bebiendo, bailando...

En fin, disfrutando de la noche hasta que los primeros rayos de sol advertían que comenzaba un nuevo día y había que descansar para correr el último

encierro de toros, indicando el fin de las fiestas del pueblo.

Sobre las doce de la mañana comienza dicho encierro, Fernando llegó tarde observando a su amado fuera del recorrido, apoyado en la valla viendo el cruel maltrato al pobre animal.

A Fernando hoy no le importaba en absoluto el encierro, sabía que Ricardo volvía a Barcelona después de comer con la familia de Elisa y volvería a su nueva vida sin él.

Se acercó y le dijo:-¡Ricardo, es nuestro último día! ¿Volvemos al río?

Preguntó con sonrisa picarona,

-¡Vámonos! Exclamó Ricardo deseoso. Se marcharon con disimulo, como si se dirigiesen al granero, en un cruce de calles llegando a las afueras del pueblo, los vio pasar Elisa, gritando:-¡Fernando! Arrepentida por el comportamiento de la noche anterior. Ninguno la escuchó y continuaron su camino contándose sus intimidades, Elisa con rostro extrañado decide seguirles, sabiendo que por ese camino se iba al río que bien conocía ella.

-Ricardo, ¿qué será de lo nuestro cuando te vayas?

-Eres mi primer amor Fernando, te escribiré todos los días hasta que nos volvamos a ver, y cuando acabe los estudios vendré a buscarte y nos iremos a vivir juntos.

-Cariño, me escribirás un tiempo, en principio dos o tres veces a la semana, más adelante dos o tres veces al mes, cuando pase algún tiempo me escribirás cuando me recuerdes, que será muy pocas veces y llegará el día que dejes de escribir porque tus pensamientos se pierden en otra persona. Me tendrás como un bonito recuerdo de un verano que pasaste en un viejo pueblo de Extremadura. Mientras yo te esperare cada día hasta que vuelva el dueño de mis sueños una vez más a mis brazos.

-No seas tonto, dijo alegremente Ricardo, sonrió suavemente Fernando y dijo:

- ¡Hemos llegado!

Elisa se ocultó tras unos ramajes, viendo cómo se desnudaban, asombrada contemplando a Fernando bajándose sus calzones, asomando por encima de ellos su gran y rosado pene.

Se desnudaron sin prisa, como intentando guardar en sus subconscientes, el momento que estaban viviendo.

Ambos miembros erectos cual tiburones se sumergieron en el río.

Los amantes comenzaron a abrazarse, a besarse con suavidad, con mucho cariño. Fernando erguido cogió a Ricardo, éste entrelazó sus piernas en el

tronco de Fernando, que introdujo su pene hasta lo más profundo. El agua le llegaba cerca del cuello, comenzó el cortejo, subían y bajaban del agua sin separar los labios de la piel del otro,

Ricardo gemía y gemía sujetando con fuerza la espalda de Fernando, éste besándole el cuello como un vampiro sediento y empujándole bruscamente contra sus nalgas, gritando deseoso durante varios minutos, hasta que volvieron a sumergirse en un celestial orgasmo, exhalando ambos un suspiro de placer.

-Amor, prométeme que me esperarás todo el tiempo que haga falta, hasta que cambien las circunstancias. –Dijo Ricardo. Su amado, acariciándole las mejillas con ambas manos le respondió: -¡Lo prometo mi amor!

Elisa no daba crédito a lo que estaba viendo, su rostro parecía que había visto a un muerto levantarse. Tenía los ojos llorosos, la boca abierta de par en par, inmóvil, sin pestañear, se levantó muy despacio y comenzó a correr hacia el pueblo, estaba loca de rabia, gritando y maldiciendo mientras corría desesperada. Al llegar a su casa, se dio una ducha mientras se desahogaba llorando, como terminándolo de asimilar.

Se vistió y se aposentó en su sofá, inmóvil, pensativa, esperando temblorosa que llegasen sus tíos y Ricardo para comer juntos antes del largo viaje que les esperaban.

Los furtivos enamorados llegaron al pueblo, quedando después de comer para la última despedida.

Tiempo después llegó la familia completa de Ricardo a casa de Don Carlos, el padre de Elisa.

Comenzaron el banquete comentando como han sido este año las fiestas, Elisa no comía, sólo miraba fijamente a Ricardo, que extrañado le devolvía la mirada preguntándole:

-¿Elisa te ocurre algo?

Ella le miró con pupilas rabiosas y dejó caer los cubiertos sobre la mesa. Y dijo con el rostro furioso y tono desgarrador:

-Cuenta a tus padres lo que has hecho hoy con tu amiguito Fernando.

-Haber hijo, que has hecho ahora, Dijo el padre con tono despreocupado.

-Me confundes prima, no he hecho nada en especial.

-os he visto en el río, a los dos.

Ricardo enrojeció de repente y comenzó a sudar, susurrándole a su prima:

-¡No lo hagas por favor!

-haberlo pensado antes ¡cerdo!

Elisa contó toda la historia sin despreciar detalle alguno, todos se quedaron atónitos. Preguntando el padre de Ricardo: -¿Eso es verdad?

Mantuvo sus labios sellados, mirando al plato.

-¡Responde te he dicho! gritó con la cara desencajada. Se miran mutuamente, en ése instante su padre supo que la horrible historia de su sobrina era cierta.

Isabel, La madre de Ricardo sufrió un ligero vahído, ayudándola a no caer su sobrina Elisa.

-¿Que sustancias te ha dado ese miserable? ¿Cómo te ha engañado?

Preguntó irritado su tío don Carlos.

-El padre de ese miserable no trabajará más en esta zona, volvió a replicar.

-¡No! Exclamó Ricardo, su padre tiene la misma culpa que vosotros, no sabía nada, Fernando y yo nos queremos padre. Éste le dio un fuerte guantazo, se levantó y dijo: -¡monta en el coche! Fíjate bien en el pueblo, porque nunca volverás a verlo, arrancó el vehículo y se marcharon sin apenas comer. Ricardo lamentaba no poder cumplir su palabra de despedirse de su amado, se sentía muy avergonzado, su padre no pronunció palabra durante todo el viaje, de hecho durante semanas.

Fernando después de comer fue ligero a casa de Elisa, para la agridulce despedida. Golpeó la puerta, abrió don Carlos,

-¿Está Ricardo?

-¡Cerdo, marica de mierda! Tira para tu casa, ya hablaré con tu padre para que te dé un buen escarmiento.

-Pero...

-¡Fuera! Dijo cerrando de un portazo.

Fernando marchó cabizbajo hacia su casa, sospechando lo peor, que alguien los hubiera visto y los delatase. ¿Pero quién sería? Se preguntaba. Y lo que es peor, como se tomarían sus padres la temible noticia, su íntimo secreto.

Elisa en el mismo instante que su padre cerró de un golpe la puerta, percibió un leve escalofrío en su delicada piel que le recorría toda la espalda, sopesando que en ese mismo momento, toda posibilidad de enamorar a Fernando se desvanecía.

Fernando entró a su casa llorando, su madre que estaba lavando los platos, lo miró, soltó la bayeta y se dirigió a su hijo, preguntándole: -¿Qué te ha pasado?

-Jamás lo entenderás madre, y se marchó a su habitación, se abrazó a la almohada y tapándose la boca gritó con rabia y dolor.

Al transcurso de un par de horas entró en casa su padre, golpeando la puerta con dureza, voceando:

-¡Fernando!

-¿qué ocurre? Preguntó angustiada Isabel

-¿Dónde está Fernando? Volvió a preguntar con tono repulsivo.

-Está en su habitación, lleva unas horas encerrado, llorando.

-¿Qué ha ocurrido Francisco? La madre de Fernando sólo llamaba a su marido por su nombre cuando estaba realmente preocupada.

-¿Qué ha pasado? ¡Pregúntale! Yo no soy capaz ni de nombrarlo.

-Baja ahora mismo al salón, ¡Ya!

Fernando se incorporó, suspiró fuertemente como un acusado que va a ingresar en prisión por primera vez, bajó muy despacio los escalones, mirando primero a su madre y después a su padre, observando en su rostro la desesperación, la rabia, el miedo, el dolor, la debilidad, todo al mismo tiempo en su máxima expresión.

A Fernando le temblaban las piernas, cada paso que daba sentía que se alejaba más de sus padres.

Se situó delante de él y le preguntó titubeando:-¿Qué ocurre padre?

Éste le dio un guantazo tan fuerte que le hizo sangrar el labio inferior, Fernando limpiándose la sangre que no cesaba, mirando a su padre con pánico, sabiendo en el fondo de su ser lo que estaba sucediendo, volvió a preguntar:-¿Qué es lo que he hecho?

-¿Qué has hecho? ¡Guarro, maricón!

Don Carlos me lo ha contado todo. Besándote y acostándote con su sobrino, viendo su hija toda la escena.

-¿qué? ¡No puede ser cierto eso! Hijo, ¿eso es verdad? Preguntó angustiada su madre.

Fernando la miró y le dijo:-Le quiero mamá.

El padre cogió un silla e hizo el gesto de golpearle con ella, en un último rayo de consciencia la lanzó contra la pared rompiéndola como su corazón, en mil pedazos.

-No saldrás de casa durante un largo tiempo, trabajarás y vuelta a casa, trabajo y casa, hasta que se te pase esa absurda idea, causa lógicamente del alcohol y las tonterías que habéis fumado.

Su padre pensaba que la aptitud de su hijo era consecuencia del desenfreno que hubo esos días, mezclados con drogas y alcohol. Su mente cuadrículada jamás permitiría aceptar que su hijo era gay.

Sus padres se marcharon, gritando Francisco a lo lejos: -¡Sube a tu habitación! Y dale gracias a don Carlos que no me ha despedido, y no contará nada por el pueblo.

Fernando subió a su habitación, sacó una foto que tenía escondida en la parte superior de su maltrecho armario, era una foto de Ricardo, La oprimió contra su pecho y se recostó en su cama, llorando durante horas.

4

Varios días después del suceso, Ricardo fue obligado a asistir a un psicólogo, amigo de su padre, suponiendo éste que el hecho acaecido fue fruto de algún trauma o paranoia debido al consumo de alcohol y drogas que le había suministrado los amigos del pueblo.

Ambos padres aún con sus diferencias económicas y sociales padecían los mismos temores y sentimientos sobre sus hijos, culpando a los excesos y jamás admitiendo que fue un efímero pero intenso amor de verano.

La función principal del psicólogo era coaccionar el joven subconsciente de Ricardo para convencerle que lo sucedido aquel inolvidable día fue un trauma psicológico, que él era un hombre y sus sentimientos estaban destinados a amar una mujer, crear una familia y protegerla. Lo que sucedió dicho día fue por la manipulación de Fernando sumado a las altas dosis de alcohol que bebieron durante las fiestas. Día tras día Ricardo asistía a la sesión, después se encarcelaba en su habitación y escribía románticas cartas de amor a Fernando. Éste nunca las recibió debido a su madre Isabel que todas las mañanas se encargaba de revisar el buzón y custodiar para sí misma cada carta que llegaba de su amor.

Transcurrieron las semanas y los meses, Ricardo no recibía respuesta alguna y comenzaba a creer titubeante las ideas que día a día le incrustaba su psicólogo.

Fernando después de su jornada laboral, corría a su casa, para ver por fin alguna carta de su amor o preguntaba a su madre si había llegado algo, ella disimulando respondía: -¡otra vez hijo! No, no ha llegado nada, ¿Qué carta estás esperando?

-Nada madre, una carta de un compañero que está trabajando fuera.

Meses mas tarde, cuando Fernando dejaba de trabajar volvía a su antigua rutina, se daba un buen baño en el río recordando de vez en cuando suspiros en tiempos de antaño, luego volvía con calma a su casa listo para la cena, pensando mientras caminaba si lo sucedido aquel día fue realmente amor, o por el contrario una aventura veraniega, llena de lujuria debido a los estragos del alcohol, juntado a la ansiedad producida en su ambiente familiar, debido a la rectitud de sus padres.

Comenzaba a dudar de sus recuerdos, si realmente fueron tan intensos o era fruto de su soledad y echa de menos ésa sensación que no sabe bien si sucedió.

Elisa a menudo acudía a casa de Fernando, agasajando camino del perdón, persuadiéndolo intentando convencerle que lo hizo por su bien, para que no destrozara su vida y debiera marcharse del pueblo, porque nadie consentiría que un hombre amase a otro.

Fernando con el paso del tiempo consiguió perdonarla, de hecho era su mejor amiga de la infancia y futura heredera de la mayoría de los terrenos del pueblo y como no del ayuntamiento,

Sabía que si en un futuro hacía su vida junto a Elisa, los problemas económicos y el bajo nivel social de su familia desaparecerían, sus futuros hijos serían de la alta sociedad y su madre dejaría de trabajar, era la mejor opción, o eso pensaba él.

Tras unos meses de buena amistad, comenzaron una relación, estaban siempre juntos, pasaban horas bañándose en el río.

Hasta que un domingo por la mañana, Fernando se acercó a Elisa, cerró los ojos y la besó, a ella se le iluminaron los suyos, su sonrisa parecía infinita, dio un salto y se abrazó por fin a su único y verdadero amor.

Fernando no era tan feliz pero era buen actor, sólo pensaba en orgullecer a su maltrecha familia.

Varios años pasaron, la relación estaba bastante consolidada. El padre de Fernando fue ascendido a capataz, encargado de gran parte de las tierras, su madre se relacionaba con lo más selecto de la zona y estaban todos entusiasmados con la relación de Fernando y Elisa. Ella desprendía felicidad por doquier, él ejercía perfectamente el papel de futuro marido y capataz de otra gran parte de tierras.

Ambas familias dueñas del pueblo, parecía que todo les iba perfilado.

Don Carlos fijó la fecha de boda para un nueve de agosto, aún faltaba un año y dos meses para el enlace.

Una mañana de lluvia, apareció en la gran casa de Fernando, un señor de unos 55 años de edad, se le veía muy trabajado, con vestimenta sucia y bastante deteriorada, era delgado tenía un sombrero enrollado sobre sus manos gruesas y ásperas.

- ¿Qué quieres? Preguntó con desprecio la madre de Fernando.

- Buenos días señora, vengo a ver a don Fernando, he oído en la iglesia que busca personal para trabajar en el campo.

- sí, es cierto, pero no sé si eres lo que anda buscando.

Dio media vuelta, dejando al hombre en la calle bajo la fría lluvia. Segundos después aparece Fernando con una vestimenta elegante y pregunta:- pero, ¿Qué haces fuera? ¡Pasa!, no quiero jornaleros enfermos, ¡dime! ¿Has trabajado alguna vez en el campo?

-No he conocido otra cosa señor

-Bien, ¿tienes hijos que quieran trabajar?

-sí señor, precisamente vengo más por él que por mí.

-¡Explicate!

-Mi mujer y yo hemos trabajado 30 años en el campo, para la familia Jiménez, tenía muchas hectáreas de terreno, repletas de viñedos, nos dedicábamos a el cuidado, mantenimiento y recolección de las viñas. El señor, cogió mucho cariño a mi hijo y desde los 16 años le enseñó a llevar las cuentas, a negociar con los compradores, en fin, a ser un buen contable.

-Interesante, si también os iba ¿Por qué venís a buscar trabajo?

-Mire don Fernando, el señor falleció hace 40 días, era viudo, sus hijos vendieron todas las tierras y despidieron a todos los trabajadores,

incluyéndonos.

Cogimos nuestras escasas pertenencias nos dirigimos al sur en busca de trabajo y una nueva vida. Ayer en la iglesia nos dijeron que usted necesitaba jornaleros y aquí estoy señor.

-¿Qué le ocurrió a tu esposa?

-Falleció hace 6 años de un golpe que le propinó uno de los caballos mientras lo limpiaba.

Fernando se quedó un momento pensativo y respondió:- Esta bien, venir mañana y ya veré lo que puedo hacer.

-¡Gracias señor! No se arrepentirá

-Eso espero, respondió Fernando volviendo al salón.

Comprendía perfectamente la situación de aquella familia y aceptó a ambos, a su hijo lo colocó como contable personal temporal, si no ejercía bien su oficio terminaría en el campo como su padre.

A la mañana siguiente se presentaron puntuales, listos para la jornada que les esperaba. Su hijo era un chico de 25 años, su pelo era castaño y tenía los ojos azules como el mismo mar, su cuerpo delgado pero con un buen porte y poseía una sonrisa que le recordaba a Ricardo.

Fernando envió a Miguel que era su viejo amigo y su mano derecha en cuestión de negocios, a llevar al nuevo jornalero a las tierras para comenzar la jornada, su nombre era Eugenio.

Fernando se quedó en casa con el joven, le miró fijamente y le preguntó:-
¿Cómo te llamas?

-Frank señor, respondió tímido y cabizbajo.

-Frank, mi sirvienta te acompañará a tu habitación, te ducharas y te vestirás de oficio.

-Disculpe señor, pero yo vivo con mi padre.

-Necesito a mi contable cerca todo el día, debido a que muchos asuntos surgen de imprevisto, sin más y te necesitaré para que me ayudes a resolverlos, o ¿prefieres trabajar en el campo?

-No señor, acepto con gratitud este trabajo.

-Estarás un mes de prueba, si no lo superas iras con tu padre a cortar tabaco ¿entendido?

-sí señor, ¡eso no ocurrirá, se lo garantizo!

-Ya veremos lo buen contable que eres.

Sonreía Fernando mientras lo observaba como subía las escaleras.

Elisa y Fernando acostumbraban a tomarse un té de exóticas hierbas en su

jardín bajo la sombra de un frondoso ciprés, mientras comentaban las noticias del día. Elisa más que leer, miraba de reojo a su futuro esposo mientras sonreía, pensando en lo felices que eran mientras daba un sorbo al exquisito té.

Abarcaban todo, amor, dinero y juventud, literalmente tenían el mundo a sus pies, Fernando comenzaba a disfrutar de esa vida, pensando algunas noches en su antiguo amor.

Pero a Ricardo tampoco le iba del todo mal, era como si el del destino debía de ser así para que todos fueran felices. Nadie columbraba que existía una fuerza superior al destino, llamada ``libre albedrío'', dicha existencia era capaz de cambiar el destino de una familia con tan solo un simple suspiro, resultando el temible efecto mariposa.

Ricardo terminó su carrera y trabajaba en el bufete de su padre, ya había ganado alguna que otra sentencia y escalaba rápidamente la pirámide del éxito profesional. Éste sólo deseaba complacer a sus progenitores por el desafortunado incidente que sufrieron hace años, debido a la loca aventura que tuvo con un joven en un pequeño pueblo extremeño.

Su madre lo sabía y quedaban a menudo con la familia de Mélody para que en un último intento de retractarse, Fernando se casase con Mélody, y unir dos grandes fortunas, dicha estrategia dio frutos en poco tiempo, Ricardo y melody comenzaron una bonita relación, al menos para ella.

Tenía el cabello largo, rojizo y ojos verdosos con la piel rosada, era delgada y muy culta.

Al atardecer acostumbraban a dar un paseo a caballo por las interminables hectáreas catalanas, dueño de ellas la familia de Ricardo, Mélody sabía manejar al animal perfectamente pero prefería montar con Ricardo y abrazarle mientras sentía el suave viento besando su rostro e inspiraba el aroma de su futuro marido.

Cabalgaban sobre un paisaje de ensueño, un campo de un inmenso color verde con aromas a margarita, tulipán y jazmín con un sol suave de rayos de primavera y un sinfín de cantos de todo tipo de aves, a lo lejos se visualiza un ramal del río Ebro que se perdía entre los gigantes montañosos.

Cabalgaron hasta llegar al final de la finca, cuyo límite estaba impuesto por dicho ramal. Bajaron del caballo, ambos se descalzaron e introdujeron sus pies bajo la fresca corriente del río sentándose Ricardo en la orilla comenzando una insípida conversación que duró pocos minutos.

A continuación Mélody se incorporó para volver a calzarse, en ése instante

el caballo relinchó con vigor, ella se asustó y resbaló, cayendo inevitablemente al agua, Ricardo en un fallido intento de socorrerla tubo la misma suerte que ella.

-¡Qué horror! Todo el vestido empapado

Ricardo reía sin parar, insinuando su cuerpo a través de su camisa mojada, Mélody le miró un instante, sonrió y acercándose a él le dijo en tono erótico:

-Bueno, al fin veo tu torso semidesnudo y, no está nada mal.

Cada vez se acercaba más a la boca de Ricardo, tanto que los labios comenzaron a rozarse, sus manos se deslizaban por los resbaladizos pectorales bajando estrepitosamente hacia sus partes íntimas, Ricardo dio un sobresalto y separó su boca de inmediato indicando con nerviosismo a Mélody que montara en el caballo que pronto oscurecería.

Ella se quedó un momento extrañada, con mirada pensativa, se acercó a la orilla y salió con la ayuda de Ricardo.

Éste mientras se calzaba, no dejaba de pensar: Pero, ¿qué me ocurre? ¿Por qué cuándo besé a Mélody me vino al subconsciente la imagen de Fernando? No lo entendía, ni quería tampoco, pero en el fondo le encantó besarla imaginando que lo hacía con Fernando.

Ambos se fueron cabalgando de vuelta a la mansión viendo como el sol se escondía entre las montañas.

Estaban deseando que llegara la noche para comenzar la fiesta que preparó la madre de Ricardo por su 25 aniversario, esa noche acudirían los personajes más selectos y adinerados de Barcelona.

En esas ocasiones se cerraban más negocios que en innumerables horas de despachos y cafeterías. La mansión era espléndida, heredada de sus abuelos que fueron dueños de importantes empresas catalanas.

Ésa noche dicha mansión parecía mágica, desbordaba glamour en todos los sentidos, parecía que tenía luz propia, disponía de un inmenso jardín con varias fuentes que dispersaban diversos chorros de agua entremezclados con luces.

Los invitados para llegar al lugar, conducían varios kilómetros por una carretera rodeada de altos y frondosos pinos, se permitía ver entre ellos un excelente campo de golf.

Para entrar al gran salón, debías de subir unas escaleras, abrazada a una exuberante alfombra roja, cada peldaño que ascendías percibías con más claridad una pieza de Mozart, interpretada por la reputada orquesta sinfónica de Barcelona.

Al llegar, visualizabas un colosal salón rodeado de mesas de roble ocultas bajo telas de Vicuña procedentes de la India, en la parte superior destacaban lujosas cristalerías de Baccarat.

Disponía de un sinfín de sirvientes, ofreciendo el mejor champagne francés y los más innovadores canapés.

En el centro del salón estaba situada la mesa presidencial, disfrutando de ella los más ilustres de la provincia, entre ellos la familia de Mélody y lógicamente los anfitriones con su hijo Ricardo. Don Carlos no pudo asistir con su familia debido a que estaba cerrando uno de los negocios más rentables de su vida.

Isabel organizó personalmente la mesa presidencial para que Mélody y su hijo Ricardo se sentasen uno al lado del otro.

El comienzo de la cena llegaba cuando los anfitriones se aposentaban, una vez iniciado el banquete, los negocios fluían favorecidos por un buen vino, a Ricardo le llamaba la atención que si los caballeros eran expertos negociadores, como algún día sería él, las damas no eran menos, entre risas e insinuaciones, muchos sexagenarios expertos en el arte empresarial, cerraban negocios que a corto o largo plazo rentabilizaban más a las jóvenes y aparentes inofensivas señoritas, haciéndose los distraídos sus maridos, conociendo al detalle el tan planeado coqueteo.

Pero la atención de Ricardo terminaría pronto, cuando Mélody bajo las carísimas telas de Vicuña rozaba con sensualidad el muslo con los dedos juguetones de su mano derecha, mientras daba un sorbo a su copa de vino, le miró y susurrándole al oído le dijo mientras acariciaba su miembro tras el pantalón:- En cuanto degustemos el postre nos vamos al jardín.

Ricardo disimulaba contando una de sus sentencias ganadas, soltando un gallito cada vez que los dedos de Mélody se paseaban a través del glande inflamado, cada roce que sentía más separaba sus piernas, hasta el punto en que no aguantó más, se puso en pie súbitamente, empujando la silla hacia atrás.

-Disculparme, me siento un poco acalorado, voy a tomar un poco el aire al jardín, dijo Ricardo con voz nerviosa.

-Te acompaño, dijo alegremente Mélody, siguiéndole entre la multitud de mesas, dirección al jardín.

El anfitrión dijo a su esposa:- ¡Este chico no tiene educación! Se levanta y se va, sin seguir el protocolo.

-¡Déjale cariño, son jóvenes!, exclamó Isabel mirando sonriente a Mélody,

pensando en lo poderosos que serían en un futuro, uniendo dos grandes fortunas.

-Además el baile pronto comenzará, dijo Isabel.

-Tienes razón cariño, se les ve muy felices.

También estaban bastante satisfechos los padres de Mélody, mientras susurraban observando a su primogénita marcharse con Ricardo, imaginando unos pensamientos muy parecidos a los de Isabel. Se estaba cerrando sólo el mejor negocio de sus vidas.

Cuando Mélody salió al jardín, buscó a Ricardo con la mirada, pero sólo veía camareros corriendo de un lado a otro preparando todo para el gran baile.

-¡Ricardo! Gritó mientras se adentraba al jardín, pero no respondía nadie, solo se escuchaba a lo lejos el murmullo de los camareros que dejó atrás.

Mélody penetró a la oscuridad que le ofrecía el jardín, temerosa volvió a gritar:-¡Ricardo! Dando inmediatamente media vuelta para volver al salón, encontrándose de frente por sorpresa a éste.

-¿dónde estabas?

-Esperándote impaciente para terminar lo que empezaste bajo la mesa presidencial, -susurró Ricardo que iba con dos copas de más.

-pero que listo eres, me atraes aquí como el néctar de una flor atrae a un pequeño insecto, donde sólo la luna y los pinos serán testigos de nuestra lujuria, el sonido de nuestros llantos de placer serán enmudecidos por la orquesta del jardín, donde...

Pronto Ricardo silenció a Mélody dándole un dulce beso a sus rosados labios, mientras desabrochaba con delicadeza la parte trasera del vestido azul y ella quitaba con presura la hebilla del cinturón.

Se recostaron sobre el césped, ella se colocó encima, se besaron y acariciaron durante varios minutos, entrelazaban sus dedos entre los cabellos del otro, sus labios recorrían como si de un laberinto fuera la piel desnuda de su amado. Ella comenzó acariciando el miembro mientras él se lo introducía suavemente, emitiendo ella un pequeño gemido, Ricardo sujetó con firmeza las nalgas suaves de Mélody y comenzaron un vaivén como si sus cuerpos fueran olas del mar golpeando con fuerza contra el pino.

No sé si fue debido a los rayos del sol en contacto con la atmosfera o porque simplemente la luna se sonrojó, pero ésta comenzó a deslumbrar un color rojizo, ocultándose tímidamente entre los pinos verdes. Entonces ocurrió lo inimaginable, Ricardo, con los ojos cerrados, besando el clímax, susurró:-

¡No pares Fernando! No pares.

-¿Qué has dicho? Preguntó extrañada.

Las olas del mar se detuvieron, la luna se escondió totalmente, la oscuridad se hizo extrema.

-He dicho, te amo, no pares, te amo. ¿Por qué Mélody?

-Por nada, había oído una barbaridad.

Ricardo con un sudor frío en su frente, continuó con el cortejo, terminando ella en un delicioso orgasmo y él fingiendo otro fantástico.

-Ha sido fabuloso, le susurró Mélody.

-Volvamos al baile con los demás, deja que te abroche el vestido.

Mientras se lo abrochaba, le pregunta ella:-¿Te ha gustado?

-Claro que si cariño- dijo Ricardo acariciándole el cabello con delicadeza, y juntos volvieron al baile con los demás, ocultándose tras la multitud, entremezclándose como peces para ser desapercibidos.

Pero pocos detalles pasan inadvertidos para Isabel, -¡Hijo! ¿Dónde habéis estado?-preguntó con tono sugerente, quitándole una pequeña hoja de césped del hombro.

-Esto, eh... intentaba dar una excusa, sabiendo su madre que nunca se le había dado muy bien improvisar.

-No importa, ¡sígueme! Tu padre va a iniciar el brindis y nos ofrecerá una elocución dedicada a mí, ¿no te parece romántico?

Después del citado brindis, su padre comenzó con el interminable discurso, sobre el transcurso de su vida junto a la mujer que había amado siempre, y su amor le había sido correspondido, dando el fruto de su vida, su hijo.

Todos estaban entusiasmados menos inesperadamente Ricardo, que esa noche tan solo por unos segundos, había hecho el amor con Fernando y le encantó, pero a su vez le enfurecía.

Su consciencia sabía que la mejor opción era Mélody, pero su alma, necesitaba a Fernando.

El sexo de cada uno no debería importar, sólo la necesidad de estar siempre con la persona que realmente llena tu alma, hace latir intensamente tu corazón, te eleva al cielo y te deja caer sobre su cuerpo desnudo en un orgasmo celestial. Pensaba Ricardo mientras oía a su padre, tocando su mano la de Mélody.

Mientras, en Extremadura Fernando conducía un todoterreno con su fiel compañero Miguel, observando como sus jornaleros cortaban el tabaco, llevándoles garrafas de agua para sofocar el duro clima de un julio muy caluroso, viendo orgulloso a través de su ventanilla como Eugenio cumplía bastante bien su trabajo, hablaba poco y todas las mañanas era puntual. Miguel bajó del coche y se adentró en las extensas tierras, dando indicaciones y alguna que otra reprimenda a algún trabajador despistado.

Fernando vuelve a casa para terminar varios documentos y negociar con los compradores el precio del tabaco para ese año venidero.

Entró en su despacho, ahí estaba Frank, sentado, apoyado sobre una gran mesa rectangular de madera antigua, repleta de archivadores y documentos, sosteniendo con su mano izquierda uno de ellos y utilizando una calculadora con su otra mano, detrás de Frank había un gran ventanal, que visualizaba las extensas hectáreas a la vez que proporcionaba gran luminosidad al despacho.

Fernando se vio sorprendido, por la iniciativa y esfuerzo de su contable.

-Buenos días- dijo muy serio Fernando, acercándose a la mesa, cogiendo y comprobando uno de los documentos archivados, observando perplejo que no sólo los documentos estaban perfectos, también les añadió varias cláusulas beneficiosas que ni él sabía que existían, debido a que Fernando

aprendió el oficio gracias a Don Carlos. Pero aún se le escaba algún que otro detalle y debía de ir a menudo a visitar a su futuro suegro para que le asesorase, tolerando con frustración la soberbia de éste.

-Me gusta Frank, continua así y serás mi contable por mucho tiempo.

-Gracias señor, me he dedicado durante bastantes años- dijo orgulloso dibujando en su rostro una sonrisa preciosa. Era tal, que hizo bajar la mirada a Fernando, tirando nervioso al suelo un pisapapeles, al intentar cogerlo, sus dedos llegaron tarde, rozando la suave piel de Frank, se miraron mutuamente unos segundos y apartó con rapidez su mano, permitiendo que su empleado lo cogiera y colocara en la mesa.

-Me sentaré a tu lado para aprender algunas normativas jurídicas y poder desenvolverme mejor en estos asuntos -dijo con una postura de superioridad, pero su voz entrecortada delataba nerviosismo, que Frank captó enseguida.

-No aprenda mucho señor, sino dejaré de trabajar pronto- dijo graciosamente
-No te creas, soy muy bruto en estos asuntos- respondió entre risas Fernando.

Ambos rieron y pronto prosiguieron con su trabajo, explicándole Frank todos los secretos y lagunas legales sobre asuntos financieros. Pero Fernando estaba más atento a Frank que a esas dichas lagunas, estuvieron reunidos durante tres cortísimas horas, saliendo Fernando del despacho muy satisfecho. Recordando que había quedado con Miguel hacía una hora, fue en su busca con el todoterreno, imaginando lo furioso que estaría por la tardanza.

Llegó al lugar acordado, ahí estaba Miguel, tumbado bajo la sombra de una encina, con una paja en su boca, emitiendo unos ronquidos tales, que hasta los jornaleros se mofaban a lo lejos, mientras disfrutaban de un más que merecido descanso.

Fernando se acercó con el coche y tocó el claxon varias veces, viendo entre carcajadas como se sobresaltaba su viejo amigo, que entre insultos e injurias le lanzaba trozos de rama al vehículo.

Fernando gestualmente le indicó que subiera, ese día le invitó a una apetecible comida, humedecida con un buen vino de la comarca para disculparse por la dura espera.

Mientras tanto Elisa estaba con su madre ocupada con los últimos preparativos de la boda, tan sólo quedaban cuatro meses para unirse en matrimonio con el amor de su vida. Su madre estaba entusiasmada, jamás

había visto a su hija desprender tanta felicidad, trataba a sus empleados con amabilidad e incluso disculpaba actitudes que antes no hubiese permitido, su madre comenzaba a creer en el verdadero amor.

Sin embargo, Fernando cada día pasaba más tiempo en su despacho con Frank, se hicieron íntimos confidentes, coqueteaban mutuamente, a Fernando le excitaba ese jugueteo que tenían entre ellos, a Frank le encantaba el olor de los fajos de billetes que le ofrecía Fernando a cambio de un sexo desenfrenado, era sumiso de todas las extravagancias de su jefe, que se desahogaba debido a su falsa y reprimida vida que tenía junto a Elisa, y al dolor acumulado durante años por haber perdido a su único y verdadero amor, que lo abandonó, prometiéndole que le escribiría a diario y nunca recibió ni una sola carta, olvidándose de él y de su historia de amor. Sin sospechar que todas las decenas de cartas que le envió Ricardo fueron incautadas por su madre y la llama de su amor resplandecía en la más fría oscuridad, aunque cada vez con más debilidad.

Al fin llegó el tan deseado día de Ricardo, su psicólogo pronunció la sanación mental a sus padres, Ricardo también se transformó con el paso de los años en un fabuloso actor, engañando a todos sobre sus verdaderos sentimientos.

Ricardo y Mélody parecían una pareja perfecta, de hecho ella así lo creía, a él comenzó a gustarle hacer el amor con Mélody mientras pensaba que lo hacía con Fernando.

Ya habían pasado bastantes años, desde la última vez que se encontraron esas dos almas afines y fogosas, ardientes de sexo y amor, pensando ambas, que una se había olvidado de la otra. Nada más lejos de la realidad.

Ricardo seguía en alza con su carrera profesional, su padre le proporcionó un caso con una gran importancia mediática, difícil de ganar. Defendía a un prestigioso arquitecto cuyas obras fueron aclamadas por la sociedad catalana, estaba acusado de malversación de fondos y ocultación de documentos de sociedades a hacienda.

Tras varios meses de juicio, Ricardo ante el asombro de su bufete y su padre, logró no sólo absolver a su cliente, saliendo airoso, también muy favorecido ante la opinión pública.

Su fama se extendía por toda la alta sociedad española, nunca había sentido el agrio sabor de la derrota ante un tribunal. Los más allegados llegaron a pensar que tenía un pacto con el mismísimo diablo, otros que poseía un don que le había concedido Dios, pero fuera cual fuere sus cualidades, simplemente en esa época era el mejor.

Una mañana suave de primavera, estaba Ricardo pescando con su padre o por lo menos intentándolo, lo importante era pasar algo de tiempo juntos, Padre e hijo. Después de un largo silencio, escuchando los jugueteos del agua, su padre comenta: -Hijo, este domingo se casa tu prima Elisa.

-¿En serio? Preguntó asombrado, a la vez que imaginaba reencontrarse con Fernando, con el pretexto de la boda.

-¿Con quién se casa? Preguntó apresurado.

-Con ese jovenzuelo que os vio tu prima en el río, borrachos los dos, haciendo tonterías de críos, no entiendo como su padre no fue capaz de

convencer a esa malcriada para que olvidase a ese don nadie.-dijo enfurecido, desconociendo el carácter de Elisa cuando alguien osaba hablar mal de su amado.

A Ricardo se le cayó la caña de pescar al suelo, giró la cabeza mirando con el ceño fruncido a su padre y le preguntó con tono elevado:-¿Fernando?

Mientras comenzaba a sentir una opresión en el pecho, el bello se le erizó, esperando un no por respuesta, sabiendo en su consciente que no había ninguna duda, que el amor de su vida, se había rendido y buscó la salida más fácil, casarse con su prima.

-sí, ¿por qué? Preguntó con dureza su padre.

Ricardo, viendo los ojos airados de su padre, temiendo una respuesta incorrecta, respondió:-No por nada, me parece un insulto que una mujer de su clase social, se case con un muerto de hambre. Te dejo padre, tengo que acabar unos asuntos, dijo marchando apresurado con los ojos inundados de lágrimas. Odiando a Elisa, pensando con que artimañas había engañado a Fernando.

Al llegar a casa, le esperaba un socio del bufete en el portal, Ricardo sin levantar la vista del suelo, caminando cada vez más rápido, lo apartó hacia un lado y sin mediar palabra subió a su habitación, cogió un vaso de whisky y se lo bebió de un trago, lanzando el vaso contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos, cayó de rodillas apoyándose sobre su almohada, apoyó su cabeza y comenzó a llorar con reprimidos chillidos que le desgarraban el alma, sintió en un instante un cúmulo de sentimientos aleatorios; Odio, tristeza, rabia, pena, ira, melancolía, miedo y todos a la vez, básicamente por dos motivos, por haber perdido a su alma gemela y por no haber hecho nada durante todo ese tiempo que estuvieron separados. Eso era lo que más le dolía, se encerró en su habitación durante horas.

A la noche, Ricardo escuchó el sonido del Mercedes de Mélody aparcando en su puerta, se levantó de la cama con lentitud y se fue al cuarto de baño, se aseó, se peinó y bajó al salón a cenar con su pareja.

-¡Cariño! ¿Ya estás aquí? Preguntó fingiendo asombro y alegría, parecía que había tenido un buen día, actuaba realmente bien.

-sí, a las nueve y media como todas las noches. ¿Te ocurre algo?

-Estoy muy feliz cariño, por dos motivos, decía mientras se servía otro vaso de whisky bien cargado.

Mélody miró el vaso y después a Ricardo, extrañada, pues no acostumbraba a beber.

-Primero, por tu presencia, eres la miel que endulza mi vida, sonrió Mélody con cara de enamorada.

-Segundo, porque este domingo se casa mi prima Elisa, dijo mientras elevaba el vaso por encima de su cabeza como si hiciera un brindis.

-¿La extremeña?

-Exacto

-¿Con quién se casa?

-Con un cualquiera, pero se casa.

-¿Cómo que un cualquiera?

-Sí, un jornalero que trabaja para ella.

-¡Por dios!- Exclamó indignada. ¡No sabe lo que está haciendo!

-Eso mismo opino yo, y se bebió el vaso de un trago. Bueno, cenemos, lo importante es que este domingo tenemos boda, dijo sonriente Ricardo mirando fijamente a los ojos de Mélody.

Ella en ese instante vio algo extraño en su amado, una mirada que nunca había visto antes, una actitud inusual.

-sí cenemos, dijo extrañada.

Mientras en Extremadura estaban Elisa y Fernando tumbados en el césped observando las estrellas, indicándole a ella que si fijaba la vista a la cola de la osa menor, su último punto de luz era la estrella polar, la única de todas que siempre indica el norte.

Elisa se quedó unos segundos pensativa y dijo:-¡Fernando!

-dime

-¿estás nervioso por la boda?

-estaría nervioso si no aparecieras ese día, respondió sonriente.

-¡no seas tonto! Te lo pregunto en serio

-sí, un poco sí, pero tranquila, todo saldrá bien

-no te imaginas todos los invitados que vienen

-¿cuántos? Preguntó indiferente mientras observaba a Casiopea.

-seiscientos invitados

-la miró y preguntó con asombro:-¿Cuántos? Si me dijiste que iba a ser muy íntima, los familiares de la zona y ya está.

-Confía en mí, lo es, vendrá mi familia, la tuya y los demás son puro protocolo y pronto se irán.

-Entonces Fernando observando el manto negro de la noche, le cruzó una idea por la cabeza que no entendía por qué no le había pasado antes, fue como un fotograma que le atravesó la mente, sintió un vacío en su pecho y

acariciándose el pelo casi temblando preguntó:-¿Vendrá tu familia de Gerona?

-Barcelona, corrigió sonriente.

-¡Ah! ¿Barcelona es? Preguntó incrédulo, sabiendo perfectamente de donde venía y lo más importante, quién podía volver.

-¿Vienen todos?

-sí, el domingo los veremos.

Ésa frase le marcó el alma, "El domingo los veremos"

A continuación Fernando comenzó a sentir un intenso escalofrío en su miembro, cerró los ojos.

Sus oídos, le traicionaron, escuchaba el jugueteo de los saltos del río.

Su piel, le obligó a sentir las caricias de su amado.

Sus ojos, le regalaron la viva imagen de Ricardo.

Su boca, le colmó de mil sentidos diferentes, abrazando la lengua de su fiel amante.

Su mente, le deleitó el momento, sintiendo como su pene se adentraba en el paraíso, oyendo los agradables gemidos de placer, de su amor fielmente sumiso.

Escuchaba la voz de Ricardo gritando:-¡Fernando! ¡Fernando! Cada vez con un tono más afeminado, hasta que se transformó en la voz de Elisa que le estaba trayendo de vuelta al triste y reprimido mundo real.

Fernando abrió los ojos y por un instante no pudo creer lo percibido por su cuerpo y su consciente, aún tenía erizado el bello de su delicada piel.

-Cariño, ¿estás bien?

-sí, creo... no sé bien lo que me ha pasado - dijo aturdido.

-Por un momento he supuesto que te ocurría algo, te movías extrañamente, como un pequeño roedor, preso de su depredador.

-¿seguro que estás bien?

-sí cariño- dijo sonriente, saboreando el efímero momento que hacía tan sólo unos segundos había vivido.

-vamos cariño, volvamos a casa que está refrescando.

Ambos volvieron abrazados, pero sus almas nunca habían estado más alejadas.

Al fin llegó el tan esperado día, los padres de Elisa arrendaron un castillo cerca de Mérida, antigua ciudad Romana, donde antiguamente vivían los legionarios veteranos que sobrevivían a tres batallas ganadas, no solían ser muchos. Estando hasta cierta edad disponibles por si llegado el momento fueran requeridos como última fuerza.

El castillo se conservaba en buenas condiciones, disponía de un amplio jardín y numerosas habitaciones para los huéspedes, con una gran capilla donde se celebraría el enlace. Estaba todo dispuesto, los invitados iban llegando, sonaba la segunda campanada, en ésta, el novio debía entrar en la capilla, así fue, llegó con un impecable Frac, camisa blanca y pajarita negra. Según se acercaba al altar a esperar a su futura mujer, cruzaba un largo pasillo, saludando a varios invitados dedicando un pequeño gesto con la cabeza. A unos metros del altar sus ojos se abrieron como las alas de una mariposa, fijos, como si de un radar se tratara, se clavaron sobre el manto negro de los ojos de Ricardo, éste no aguantó la mirada y bajó la cabeza mirando anonadado al suelo, Fernando tuvo un exiguo tropiezo y continuó caminando a la vez que inspiraba profundamente, lamentando en lo más profundo, el irreparable error que iba a cometer, pero al mismo tiempo sabía que era la mejor opción para su futuro y el de su familia.

Llegó al altar y a los pocos minutos sonó la tercera campanada, se oían unos caballos tirando de un carruaje, cesa el arrastre y de pronto, se observa la silueta de Elisa, comienza el himno nupcial, ella poco a poco se va acercando al altar, desprendía una sonrisa encantadora, llena de felicidad, el sueño de su vida se estaba cumpliendo.

Juntos en el altar, el obispo comienza la ceremonia contando varios relatos bíblicos y terminando con la intimidante frase: -Si hay alguna persona en la sala que crea que existe un motivo por el cual no deba celebrarse el enlace, que lo diga ahora o que calle para siempre.

Fernando no pudo evitar mirar a Ricardo, pero estaba sentando, cabizbajo, ausente, sin mostrar ningún gesto.

En ese instante Fernando comprendió, que su maravillosa historia de amor, fue tan sólo una aventura de chiquillos ebrios en una de las tantas fiestas del pueblo.

A continuación dijo el obispo:- Lo que ha unido dios, que no lo separe el hombre. Puedes besar a la novia.

Levantó el velo que cubría su rostro y le dio su mejor beso, Elisa se dejó llevar, dejando escapar una lágrima que discurría por su mejilla hasta morir

en los labios de su amado.

Transcurría la ceremonia, entre música y bailes, dando paso posteriormente a la cena, los comensales disfrutaron de las mejores delicatessen que ofrecían esas tierras extremeñas.

Llegó el momento que la mayoría esperaba, la fiesta bajo la luna y una ilimitada barra libre de bebida y buena música, la embriaguez de la mayoría era evidente, Fernando dialogaba con dos socios sobre sus campos y el futuro de ellos, cuando al azar ve a lo lejos a Ricardo, éste le hace un gesto rápido con la cabeza, indicándole que le siguiera a las afueras del castillo. Fernando disculpó a sus socios y se dirigió al campo de encinares que había tras los muros, fuera, lejos de la multitud sólo se escuchaba el incesante chirrido de los grillos y alguna que otra lechuza buscando un pequeño manjar, testigos inevitables del reencuentro que iba a producirse.

Fernando fijaba su vista hacia la oscuridad del bosque, Ricardo encendió y apagó un mechero varias veces.

Hacia aquella llama acudió intrigante, observando a cada paso que daba la tenue imagen de Ricardo, preguntando éste:- veo que al final te rendiste.

-¿qué quieres decir?

-Nuestra promesa Fernando, aquello de estribar el tiempo, de esperarnos, perennes hasta que se rindiera el destino.

-¡Hombre! veo que aún recuerdas mi nombre, y lo que vivimos. Y... ¿tu promesa?

Dijo con tono furioso y los ojos rebosantes de lágrimas.

-Mi promesa la cumplí día tras día, semana tras semana, durante un año completo y nunca obtuve respuesta.

-¡Mientes! Gritó con voz desgarrada

-calma Fernando, nos van a oír, ¿sinceramente crees que si te hubiera engañado y no te apreciara, ¿estaría aquí ahora? Arriesgando mi reputación y la de mi familia. ¡Yo te amo Fernando!, lo hice antaño y lo haré siempre.

Pero en estos tiempos que corren, dos hombres no tienen el derecho de amarse y sinceramente dudo que algún día este permitido.

-¿Entonces es cierto? ¡Nunca te has olvidado de mí!

-¿Olvidarme de ti? Lo he intentado de veras, pero es imposible, me siento vacío sin tu presencia, hago el amor con mi supuesta novia pensando que lo hago contigo.

Fernando sonriendo respondió:- yo también hago lo mismo, supongo que

mis padres me robaron cada una de las cartas que me enviaste, me he casado con tu prima por que es la única mujer que quiero desde la infancia, como amiga, pero la quiero y me siento bien con ella. Pero no soy feliz, sin ti estoy sólo en este mundo.

-lo mismo siento yo mi amor.

Se acercaron apresuradamente, como si les faltase el oxígeno y se diluyeron en un apasionado beso, lleno de caricias y dulces susurros de amor.

Ricardo miró un instante su reloj y le dijo:

-¡corre cariño! Hagámoslo una última vez, para sentirte dentro de mí durante un instante y para siempre en mi memoria.

Ricardo se bajó rápidamente los pantalones hasta los tobillos, se abrazó al tronco de la encina y cerró el manto negro de sus ojos. Fernando mientras observaba el portón del castillo, introdujo con suavidad su miembro y comenzó el dulce galanteo, mientras apretaba con dulzura el glande inflamado de Ricardo, dando ambos pequeños suspiros de placer.

Los cuerpos se envolvieron de lujuria, de deseo, de caricias y una conexión especial, ésa que únicamente se consigue si logras encontrar esa alma afín, destinada como en vidas anteriores a unirse a la tuya.

El tiempo terminó, debían volver a la fiesta para que nadie sospechase.

-Fernando, pasen cinco o diez años, al final terminaremos juntos, lo prometo.

-No me olvides amor -dijo Fernando-

-Nunca lo haré.

Se dieron un último abrazo sintiendo uno el corazón del otro y sin mirar atrás Fernando volvió sólo a su fiesta.

-¡Hijo! ¿De dónde vienes?

-He salido a tomar un poco el aire, me sentía agobiado. ¿Dónde está Elisa?

-Bailando con tu padre –dijo alegremente-

-voy a buscarla, con lo patoso que es acabará pisándola –dijo Fernando en tono gracioso.

Mientras se alejaba su hijo, vio con asombro como entraba por el mismo lugar Ricardo, aquella persona que escribió a su hijo 365 cartas de amor, preguntándose en ese instante, si su hijo era realmente feliz con Elisa, o por el contrario estaba con ella dejando a un lado a su amor verdadero, debido a los prejuicios de una sociedad arraigada a unas viejas costumbres. Miró con cariño a Ricardo y continuó disimuladamente con la celebración de la boda de su hijo.

A la mañana siguiente, tras la celebración, los invitados se fueron marchando poco a poco, pero no antes sin despedirse de los novios.

Llegó Ricardo acompañado de Mélody, le dio dos besos a su prima dándole la enhorabuena, acto seguido fue Mélody, Ricardo abrazó a Fernando dándole dos palmadas en la espalda, comentando en tono elevado: - ¡Enhorabuena pájaro! Cuida de mi primita, sino te las veras conmigo –dijo con tono burlesco-

Ambos sonrieron, mientras Ricardo acariciaba suavemente con disimulo los dedos de su amor, el cual sabía que por mucho tiempo no lo volvería a sentir.

Se dijeron todo con la mirada y se despidieron.

9

Varios meses pasaron, Elisa y Fernando volvían de su luna de miel, recorrieron todo el norte de Galicia por deseo exclusivo de Fernando.

Elisa regresó preocupada, la escervescencia impetuosa de su amado entre las sábanas no florecía, Fernando sólo se excitaba pensando en Ricardo pero a menudo no lo conseguía, debido a que a ella le encantaba decir frases eróticas en voz alta mientras lo hacían, él se desconcentraba ocasionando el temido gatillazo.

Elisa pensaba que ya no le atraía, que la llama del amor de su vida se estaba apagando, sin sospechar ni por asomo, que dicha llama nunca llegó a prenderse.

Pasaron los días, Fernando cada momento que disponía en su despacho se desahogaba sexualmente con Frank a cambio de dinero o algún caro presente.

Le exigía profusamente que durante el acto no mencionase palabra alguna, tan solo le permitía tímidos gemidos de placer, mientras él nombraba repetidamente a Ricardo.

Una fría noche de Noviembre de 1962, don Carlos iba a realizar una conferencia sobre como expandir el mercado al extranjero. Acudía acompañado de su hija Elisa que era una auténtica rapaz en tema de

comunicaciones.

Fernando disponía de la casa para él solo, avisó a su fiel empleado y descorchó una botella de vino para desbrozar mejor el camino al deseo y a una noche desenfrenada, pues su mujer se quedaba ese día con sus padres.

Una hora antes de la locución,

-Hija, ¿Dónde está mi redacción?

-Anoche la revisé y te la entregué en mi casa ¿recuerdas?

-¡La mesa del salón! La dejé en la maldita mesa del salón. –exclamó nervioso.

-Papá tranquilo, aún queda una hora para comenzar la conferencia y estamos a quince minutos de casa, voy a por ellos.

-¡corre hija!

Para la familia esa noche era crucial, era el comienzo de una expansión de mercado y asistían importantes futuros accionistas con ganas de invertir y hacerse aún si cabe más adinerados y poderosos.

Elisa, apresurada cogió el coche dirección a su casa, al llegar miró su reloj y comprueba que tiene tiempo suficiente para darse un capricho con su fiel amado y entregar los documentos a su padre.

Sonríe mientras camina observando que la luz del salón continúa encendida, signo evidente de que su marido sigue despierto.

Con gesto pícaro abre lentamente la puerta para ofrecerle una sorpresa, se extraña que el salón esté vacío, a continuación escucha unas carcajadas en el despacho, se acerca a la puerta, incrédula y extrañada, oye unos gemidos inconfundibles de Fernando, estrepitosamente abre la puerta y ahí están, apoyado Frank sobre la mesa y Fernando penetrando por detrás.

Ambos miran incrédulos a Elisa.

-Que, ¿Qué haces aquí? Pregunta perturbado Fernando.

Elisa con la mirada perdida, su rostro desencajado, se sujeta al pomo de la puerta para no caerse.

-¿Qué estáis haciendo? -Dijo mientras se le partía el corazón- ¡Sois unos cerdos! ¡No quiero volver a saber nada de ti, os voy a arruinar la vida! Y se marchó corriendo hacia su coche.

-No puede ser, se lo va a contar todo a su padre, ¡Todo Frank! Me va a arruinar la vida. ¿Lo has oído? –Dijo enloquecido- ¡quédate aquí! Voy a hablar con ella.

Rápidamente cogió su coche y fue dirección al lugar donde se celebraba la conferencia, quería hablar con ella antes de que entrase al hotel. Llegó a la

zona de los aparcamientos y vio como Elisa bajaba del coche mientras se secaba las lágrimas, corrió hacia ella y la sorprendió agarrando con fuerza su brazo izquierdo.

-¡Suéltame miserable!

-Por favor cariño, estaba borracho y no sabía muy bien lo que hacía, como cuando nos vistes de jóvenes en el río, ¿recuerdas?

Elisa, seria y mirando fijamente a los ojos respondió: -Te amaba tanto, que llegué a creer que lo ocurrido aquel día fue exagerado por mi imaginación, ¡pero ya no! No me engañarás más, cuando vuelva mañana quiero que te hayas ido para siempre, y a tus padres darlos por arruinados, ¡suéltame!

Fernando con la mirada enloquecida, sacó una navaja de detrás de su espalda y la insertó varias veces en el costado derecho de su mujer, al tiempo que sellaba su boca con la mano izquierda cubierta bajo un guante negro.

Dejó caer el cuerpo inerte al suelo, mientras observaba a su alrededor, percatándose de que nadie fuera testigo,

guardó sus guantes en el bolsillo trasero de su pantalón, quejándose del dedo índice que sangraba debido a que la siempre luchadora Elisa en un último intento desesperado le mordió con fuerza dicho dedo.

Fernando volvió a casa, nervioso le dijo a Frank: -he estado buscándola por todo el pueblo y no la he encontrado, ¿No sabrás donde podrá haber ido?

-¡Fernando, la conferencia! -Exclamó sorprendido Frank-

-¡Cierto! Corre Frank coge mi coche y ves a buscarla, convéncela para que de momento no diga nada, yo iré a la casa de mis suegros para ver si está allí.

Deduciendo que si lo encontraban en la escena del crimen lo inculparían indudablemente.

-voy jefe –dijo apresurado-

Cogió el coche de Fernando y se dirigió a buscarla. Al llegar al aparcamiento vio sorprendido un interminable charco de sangre que atravesaba la vía, bajó del coche, temeroso, acercándose con sumo cuidado, encontrando el cadáver entre dos vehículos, se aproximó para ver quién era, observando que efectivamente era Elisa, se tapó la boca dando pequeños chillidos con la mirada bañada en horror. Se arrodilló para comprobar si seguía con vida y la liberó de la navaja que tenía clavada en su costado, tirándola al suelo.

-¡Maldita sea! ¿Dónde está esta niña? Va a comenzar la conferencia y aún no ha vuelto, seguramente se ha entretenido con su marido.

Esa voz recia y rasgada le sonaba y mucho, era su padre que había salido a

buscarla,

Frank, con la máscara del miedo incrustada en su rostro, escuchaba los pasos de don Carlos acercándose, su aliento era cada vez mas agitado. No sabía que hacer, si huir o llamarlo. Pensó: -Contaré la verdad y mi jefe respaldará mi versión puesto que él me ha enviado a buscarla.

-¡Don Carlos! ¡Don Carlos, venga, corra! Su hija...

-¿quién eres? ¿Dónde estás?

-Aquí don Carlos –gritaba en pie haciendo gestos con ambas manos-

-¿Frank, que haces aquí?

Éste rompió a llorar, sus manos estaban temblorosas, más que por la escena que estaba viviendo era por el miedo a la reacción de don Carlos cuando viera a su hija sin vida, desangrada en el suelo.

Según iba acercándose, vio el enorme charco de sangre.

-Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Quién es?

Con voz temblorosa y titubeante respondió Frank: -Es su hija, don Carlos-

-¿Cómo? Comenzó a correr su padre, tiró todos los papeles al suelo, se acercó al desvanecido cuerpo de su hija y comenzó a agitarla, gritando: -
¡Elisa, hija mía! ¿Quién te ha hecho esto?

La abrazó con fuerza contra su pecho y comenzó a llorar como nunca lo había hecho antes.

Cada vez había más personas en la escena, todos hacían las mismas preguntas:

-¿qué ha ocurrido?

-¿por qué a ella?

-¿quién ha sido?

A continuación llamaron a la Guardia Civil, pasaron unos diez minutos y acudieron dos coches patrullas y un médico forense, éste dictaminó la hora de la muerte de Elisa, cómo fue asesinada y ordenó el levantamiento del cadáver.

La policía científica se dedicó a recopilar todo tipo de pruebas mientras dos agentes interrogaban al primer testigo, en este caso era Frank. Éste les confesó la verdad, salvo que Elisa los viera practicando el sexo en el despacho.

Había una cuestión que no encajaba en todo el asunto, preguntando unos de los agentes: -¿Qué hecho tan importante sucedió para que tu jefe, su marido en este caso, te enviara a buscarla?

Y ¿Por qué motivo no fue él en persona si tan importante era?

-No lo sé agente, -titubeaba Frank-

Mi jefe únicamente me dijo que cogiera su coche y convenciera a Elisa para que volviera a casa, que era importante, fue lo que hice y encontré la escena tal cual está.

-Vallamos a hacer una visita a Fernando –dijo el agente de mayor rango. Llegaron a la casa y golpearon la puerta con fiereza varias veces, pero nadie respondía, tocaron el timbre y lo llamaron a voces bajo su ventana, a continuación aparece Fernando con una bata y debajo el pijama, despeinado, con los ojos medio cerrados, insinuando que lo habían despertado de un plácido sueño.

Frank estaba desconcertado, no podía creer que Fernando se fuera a dormir después de lo ocurrido.

-Pero, ¿Qué ocurre don Carlos? ¿Qué haces aquí a estas horas y con los agentes? –preguntó con excelente disimulo Fernando.

-¿Por qué enviaste a Frank a buscar a tu mujer? –pregunto con seriedad el agente.

-¿Cómo? ¡Yo no he mandado a nadie a buscar a mi mujer! ¿Qué ha ocurrido?

–Preguntó con nerviosismo fingido-

-Fernando, ¡tu mujer ha sido asesinada! Por favor cuenta toda la verdad.

-¿Qué mi mujer ha sido qué? ¡Es imposible! Entonces le dio un pequeño vahído y comenzó a comportarse de un modo colérico, dando voces: - ¿Quién ha sido? ¿Por qué a mi niña? Y comenzó a llorar. El paso de los años, día tras día fingiendo una vida que no existía, lo transformaron en un magnífico actor.

Frank, no podía creer lo que estaba sucediendo.

-Respóndeme a la pregunta –dijo con dureza el agente- ¿Por qué enviaste a Frank a buscar a tu mujer?

-Agente, se lo vuelvo a repetir, ¡yo no he enviado a nadie a buscar a mi esposa! Ella fue a la conferencia con su padre y me dijo que volvería mañana.

Frank se dio cuenta de la trampa que le impuso su jefe y confesó la realidad.

-Señor agente, no os conté toda la verdad antes para no perjudicar a mi jefe, Elisa entró en casa y nos vio practicando el sexo en el despacho y se marchó corriendo hacia su coche, Fernando rápidamente salió a buscarla y al poco tiempo regresó mencionándome que no la había encontrado, a continuación me ordenó buscarla con su coche al lugar donde se celebraba la conferencia

para impedir que se lo contara a su padre.

-¡Eso es ridículo! –Dijo enfurecido Fernando- ¡tú has asesinado a mi esposa y buscas una coartada!

Agente, yo cené sobre las 21:30 y me fui a mi habitación debido a que tenía un fuerte dolor de cabeza, supongo que sería por las dos copas de vino que tomé durante la cena, y no sé nada más hasta ahora que me habéis despertado.

-¡Vamos al despacho! -Exclamó feaciente Frank- estará todo desordenado, con una botella de vino sobre la mesa y varios juguetes eróticos.

Todos sin dudarle un instante se dirigieron al despacho de Fernando, abren la puerta y, nada, estaba todo immaculado, todo en su sitio, no había nada extraño, ni juguetitos, ni vasos, ni botella.

-¡No es posible, lo tenías todo planeado!

Yo no he sido, ¡os lo juro! Me ha engañado Fernando. –decía mientras los agentes lo esposaban.

-Pasa usted a disposición judicial, tienes derecho a permanecer en silencio, tienes derecho a que se te proporcione un abogado de oficio, todo lo que digas podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal. –Informó el agente- Don Carlos le maldecía y le amenazaba con tanto ahínco que su saliva salía disparada por su boca, como si fuera el alma, rota en mil pedazos. Mientras, se alejaba el coche patrulla.

-¡Lo mataré! Llavea por donde llueva, le arrancaré la vida como arrancó la vida de mi hija, lo prometo.

Fernando asentía con la cabeza mientras observaba como se alejaba el coche patrulla.

A la mañana siguiente comienza la ceremonia de sepultura, toda la familia estaba presente, don Carlos narraba sus últimas palabras antes de introducir a su hija en el panteón familiar, Fernando se ocultaba tras unas gafas de sol negras mirando con disimulo el encantador rostro de Ricardo que estaba desecho y dolorido por la pérdida de su luchadora prima. Fernando dando pequeños pasos, poco a poco se iba acercando a su amado, hasta que consiguió rozarles sus dedos cariñosamente, Ricardo lo mira y le dice:

-Lo siento, es horrible lo que han hecho a Isabel.

Rápidamente Fernando cambia su cara de insinuación por una máscara de tristeza, a Ricardo por un instante le extrañó su comportamiento.

La ceremonia continuó bajo numerosos llantos de pena, rabia y angustia, Fernando estaba con rostro serio, impasible como si llevara la procesión por

dentro.

Los familiares poco a poco se fueron marchando, cuando Ricardo se acercó para despedirse le dijo Fernando susurrante: -Nos hemos vuelto a ver cariño, antes de lo que pensábamos-

-Ricardo con la mirada de asombro respondió: -No creo que sea de agradecer vernos en estas circunstancias, te noto raro Fernando.

-¿Cómo quieres que esté? ¡Han matado a mi mujer!

-Tienes razón, dijo acariciándole la mano con disimulo pero con mucho cariño.

Dio media vuelta y se marchó con su novia, Melody.

Don Carlos, que tenía buena relación con el juez y su familia debido a favores mutuos y buenas jornadas de cacerías le insistió que fuera un juicio rápido y sin ninguna piedad. Respondiendo el juez:

-Carlos, entiende que a fecha de hoy es sospechoso de asesinato, pero en cuanto la policía científica halle un mínimo indicio de que ese desgraciado lo hizo, le caerá cadena perpetua.

-No dudará mucho en la cárcel, te lo aseguro- decía don Carlos mientras le ofrecía un vaso de whisky.

A los pocos días el juez recibe el informe policial adjuntado con el informe del forense, comprobando que las huellas de Frank estaban en el arma del crimen y que en su declaración no comentó haber cogido dicha arma. El informe también indicaba que había restos de tejidos en los dientes incisivos, no coincidiendo con los tejidos que ése día llevaba Frank, ésa prueba era crucial puesto que Elisa se defendió ante el verdadero autor del crimen.

El juez ordenó volver a interrogar al presunto autor, intentando desmontar la versión anterior, Frank no dijo nada de haber cogido el arma del crimen. El chivo expiatorio se estaba hundiendo en el fango sin ser consciente de ello.

El juez mantuvo una larga conversación con don Carlos, comentándole que las huellas de Frank coinciden con las que están en el arma homicida.

-será un juicio rápido y con un final evidente- aseguró el juez.

-No sabe el infierno que sufrirá en la cárcel- dijo don Carlos.

Fernando estaba tranquilo, nadie creía la versión de Frank y sus huellas dactilares estaban en el arma del crimen, su plan había salido mejor de lo imaginado, todo lo heredado de Elisa pasaría automáticamente a él, su familia sería de las más influyentes y dispondría de todo el tiempo del mundo para unirse a su supuesta alma gemela.

De hecho tuvo una magnífica idea, convencer a don Carlos para que su

sobrino Ricardo llevase el juicio de su hija asesinada, nunca había perdido un juicio y la venganza como la condena sería si cabe aún mayor.

No fue difícil convencer a un padre roto por la pérdida de su hija de dar el máximo castigo al autor del crimen, quien mejor que Ricardo, que lucharía con todas sus fuerzas para conseguir la pena máxima, sin presagiar Fernando que con tal decisión, podría ser un arma de doble filo.

La defensa de Frank era un abogado de oficio, marioneta manejada bajo los hilos del poder y el dinero de don Carlos, todo estaba dispuesto para el juicio que sería en cinco días, las posibilidades de esquivar la cárcel eran insólitas, una quimera mas que una realidad.

Ricardo por diferentes motivos, entre ellos su amor Fernando, rompió su relación con Mélody, aceptando la oferta de su tío don Carlos para representar en el juicio a su prima Isabel y de paso intentar consolar a Fernando.

Sus padres no aceptaron la ruptura de su hijo con Mélody, pero a Ricardo cada vez le importaba menos la opinión de unos padres dedicados a dirigir su vida,

Se había convertido en una persona segura de sí misma y con unos férreos principios, cogió su maleta y se dirigió a tierras extremeñas.

Fernando no dudó en invitarle a su casa, Ricardo aceptó la invitación pero antes debía de ir a casa de su tío para recopilar todos los documentos referidos al juicio, Fernando ordenó a sus sirvientes que preparasen la mejor cena de sus vidas, esa noche deseaba que fuera única, especial, pasaron las horas y Ricardo no volvía.

Comenzó a preocuparse y decidió coger el coche y visitar a su suegro para comprobar si su deseado comensal continuaba allí, al llegar observó como tío y sobrino estaban sumergidos profundamente en el caso,

-¡Fernando! ¿Qué haces aquí? –preguntó extrañado Ricardo.

-Pensaba que cenarías en mi casa hoy. _dijo extrañado_.

-Lo siento Fernando, pero estamos intentando unir los últimos fragmentos del caso.

-Pero, ¡Qué demonios tenéis que unir! ¿No está lo suficientemente claro? Sus huellas estaban en el arma homicida y su versión es totalmente inventada.

-Lo sé Fernando, pero hay algo que me desconcierta, que no termina por encajar.

-¿Qué es? Si se puede saber.

-No tengo ni la más remota idea, guardándose para sí el secreto de no haber rastro de la prenda con la que el asesino tapó la boca de Elisa, no quería dar ningún paso en falso, debido a que esa prenda era la prueba fundamental para resolver el caso.

-¡Ése malnacido pagará con creces lo que hizo! –exclamó con rabia Fernando.

-Me suplicará que le arrebaté la vida, para cesar el sufrimiento que padecerá día tras día. –dijo don Carlos con tono amenazador.

-No os castigáis, nadie sabía que era un asesino, _dijo con calma Ricardo_ pero... no entiendo ¿por qué contó una versión tan ridícula?, a sabiendas que tú lo negarías todo, y... ¿cuál es el móvil? Algo tenía que saber Elisa para que fuera a matarla desesperadamente antes de entrar en el locutorio, bueno no os preocupéis, sólo son conjeturas mías.

Fernando tragó saliva con nerviosismo y dijo: -Bueno tampoco busques los tres pies al gato, tú logra que entre en la cárcel y nosotros nos encargamos de él. Mañana nos vemos. _Gritaba Fernando mientras marchaba, dando un portazo a la salida_.

Mientras conducía de vuelta a casa maldecía el día que coaccionó a don Carlos para contratar a su sobrino Ricardo, dando puñetazos al volante, comenzando a surgir una pequeña duda.

Si su amor se ceñiría a buscar la máxima pena al imputado o por el contrario investigaría a fondo para hallar otro posible culpable.

-Debo de matar a Frank, antes de que cuente algo que sea irrefutable. –pensó en voz alta.

En ese instante se le pasó por la cabeza una única solución, convencer a don Carlos para que lo asesinen en la cárcel antes de la celebración del juicio.

A la mañana siguiente se dirige a casa de don Carlos, Ricardo no estaba, había ido al juzgado a primera hora. Don Carlos estaba de pies, apoyado junto a un banco de madera bajo un día soleado mirando fijo las plantas de su jardín, sosteniendo con ambas manos un peluche de la infancia de su hija, desahogando su alma a través de sus llantos bañados en lágrimas llenas de rabia y dolor, recordando viejos momentos que pasó con su indomable hija, que tenía el corazón de un cachorro,

-No te tortures. –decía Fernando mientras acariciaba el hombro derecho a un moribundo padre.

-Me han quitado a mi niña, le han robado su futuro. Te quería Fernando, te amaba con locura y deseaba tener un hijo contigo, yo quería que se casase

con alguien de su estatus social pero ella te defendía a capa y espada, ¡con uñas y dientes! Para que te aceptáramos y te quisiéramos, y... ¿sabes? Lo consiguió, tú eras la cura de todos sus males, cuando estaba enojada, con sólo pronunciar tu nombre se relajaba, no te quería, te veneraba.

-Lo sé don Carlos, yo también la amaba, era el farol que guiaba mi camino, y ahora me he quedado perdido sin ella. Ese asesino deber morir don Carlos, antes de que llegue el juicio, no podemos permitirnos que siga alegremente viendo nuestro sufrimiento, saboreando su victoria.

-Ahora es imposible, hasta que la sentencia no sea firme, no está con los demás presos y está custodiado por dos vigilantes de seguridad, pero descuida, una vez sentenciado será violado, golpeado y asesinado con dolor. —decía con rabia mientras estrangulaba el peluche.

-Te dejo don Carlos, esta noche quizás venga a veros. Se marchó con el rostro impregnado de nerviosismo reprimido.

Varias noches pasaron de ésta.

Después de un duro día de trabajo Fernando y Ricardo paseaban juntos bajo las estrellas hablando un poco de su futuro, mencionando que cuando finalizase el juicio esperarían un tiempo prudencial y se marcharían juntos a tierras andaluzas, a un pequeño pueblo pesquero donde nadie preguntaría sobre sus vidas y deseos, también nombraban a Elisa, los buenos momentos que pasaron con ella y el carácter recio y fervoroso que cautivaba a todos los hombres.

Frank, dos días antes de la celebración del juicio relataba con detalle los hechos ocurridos el día del crimen, su abogado insistía reiteradamente que se declarase culpable y podría hacer un trato con el juez para reducir la condena, Frank insistía que fue enviado por Fernando y se encontró el cadáver en los aparcamientos del hotel, que le quitó el cuchillo del maltrecho cuerpo porque no podía verlo clavado en la espalda de Elisa, que fue instintivo.

-Todas las pruebas apuntan hacia ti, te vieron el primero en el lugar del crimen, tu única coartada es negada por su marido, y para colmo tus huellas están en el arma homicida, no puedo hacer nada por ti, serás juzgado y encarcelado, de ti depende que sea más larga o más corta la condena.

Frank que estaba sentado sobre una silla antigua de madera se quedó unos segundos pensativo, de un golpe arrojó el vaso de agua que estaba sobre la mesa contra la pared de ladrillos, rompiéndolo en pedazos.

-¡Yo no maté a la señora Elisa! _gritó enfurecido_

Se levantó de la silla y le suplicó: -Por favor no permitas que me encierren, que me roben el único bien que tengo, mi libertad, ¿Cómo puedo pagar un castigo tan cruel sin haber hecho nada?

-Lo siento, las pruebas son claras, piensa en lo que te he dicho, será lo mejor para ti. -Le dijo su abogado.

Cogió su maletín de cuero y se marchó sin decir más.

Unas horas más tardes el abogado de Frank recibió una llamada, era importante pues los gestos de su rostro inspiraban temor, sumisión y nerviosismo, efectivamente, era don Carlos, quería conocer la versión completa de Frank y saber cuál iba a ser su defensa, el abogado se aflojó el nudo de su corbata, se limpió el sudor de su frente, exhaló un último suspiro y se dirigió a casa de don Carlos. Acongojado, debido a que su carrera profesional estaba en sus manos. Llegó a la casa y le estaba esperando fuera fumándose un puro junto a Ricardo, apenas le recibieron y pasaron al salón a comenzar el asunto. El abogado sin mediar palabra le ofreció el informe donde constaba toda la versión de Frank,

Don Carlos lo rechazó indicándole que quería oír la historia de su propia voz, el abogado asentó con la cabeza y contó todo, incluyendo que lo sugestionó para que se declarase culpable. Sin mirarlo a la cara le dijo don Carlos: -Bien, ¡márchate!

-Si sr, estoy para lo que necesites.

Ricardo no podía creer lo que estaba ocurriendo, no veía a un abogado que defendiera a su cliente, si no a un perrito muerto de miedo que haría cualquier cosa para agradar a este cacique.

-¿Qué opinas? -dijo don Carlos.

-Tío, la versión de esa persona está bien tramada, pero que Elisa los vio practicando sexo es inverosímil.

-¿Cómo que la versión está bien tramada? -dijo escandalizado don Carlos, ¡por supuesto que es inverosímil! Faltaría más que tú pensaras que hay algo cierto en esa versión. Me voy a descansar. _dijo marchando con premura_

Ricardo sentía una semilla de duda, pero su consciente intentaba eliminarla por todos los medios. El día antes del juicio Frank, como último rayo de esperanza llamó a su padre que fue despedido el mismo día que sucedió el asesinato, explicándole con presura que debía encontrar la prenda que Elisa mordió antes de morir, indicándole que Fernando se marchaba todas las mañanas a la finca a las ocho y media y que el servicio descansaba a las diez, reuniéndose todos en la cocina a tomarse el merecido café, en ese

momento debes entrar en la casa, la llave está escondida dentro de una maceta roja con margaritas blancas, el despacho está al fondo del salón, no necesitas llave debido a que nadie entra sin el consentimiento de Fernando, ni para limpiar, Entra y con sumo cuidado busca una prenda que esté en mal estado, con sangre o simplemente descosida, ¡debes de salir antes de las diez y veinte que es cuando el servicio comienza la faena.

-De acuerdo hijo, lo intentaré.

-Papá, que no te vean dentro de la casa, ¿te has enterado bien?

-Tranquilo hijo, lo encontraré aunque tenga que levantar el suelo completo.

El padre así lo hizo, entró a la diez y cinco, se acercó al salón golpeando una de las sillas, se paró un instante y continuo avanzando, el salón parecía interminable, llegó al despacho y cerró la puerta con suavidad y comenzó la búsqueda, se acercaba la hora pero aún le quedaba por mirar un último cajón, no podía permitir que su hijo se pudiera en la cárcel por el capricho de unos aburguesados, abrió ese último cajón y revolvió por todos los entresijos, apartó unos guantes negros que parecían nuevos y continuó buscando ese trozo de tela. Eran las diez y veinticinco, comenzó a abrir la puerta con lentitud, asomó la cabeza y no se escuchaba ni se veía a nadie, avanzó rápidamente por el salón y llegó a la puerta de salida de la casa, cuando fue a agarrar el pomo, ésta se abrió vigorosamente golpeándole en su hombro izquierdo, era el jardinero.

-¡Eugenio! ¿Qué haces aquí?

-Nada, he venido a ver a don Fernando, ¿no está verdad?

-No, ha salido. –respondió desconfiado.

-Bueno.... vendré otro día, _dijo titubeante_

-Adiós. –respondió haciendo un exceso, mirando fijamente mientras se marchaba Eugenio.

A las doce de la mañana comenzó el juicio, el juez comenzó diciendo si se consideraba culpable del delito que se le acusaba, levantándose el acusado declarándose inocente, a continuación Ricardo con su magnífica actuación devoró la imagen de Frank, su abogado defensor apenas pronunció palabra, el acusado fue condenado a 140 años de cárcel sin fianza y sin libertad condicional, Frank miraba la puerta con los ojos llorosos mientras los agentes le esposaban, esperando como última oportunidad que su padre entrara con la prueba en sus manos, tal cosa no llegó a ocurrir. Don Carlos, Ricardo y Fernando se marcharon sin ninguna celebración, cuando don Carlos se cruzó con Frank le dijo sonriente: -Tranquilo, no cumplirás ni

cinco días, pero se te harán como quinientos años y continuó su marcha, Ricardo se quedó firmando los pertinentes documentos judiciales.

Frank entregó sus pertenencias personales y fue acompañado a su celda por dos agentes, sentía rabia, dolor, traición, miedo, resignación, etc...

Pasaron seis horas y un agente se acercó a la celda y preguntó: -¿Quién es el preso 219?

-yo señor. -dijo con tono esperanzador.

-siento comunicarle que su padre se ha suicidado.

-¿Qué? ¡No es posible! Me prometió que me sacaría de aquí, que encontraría la prueba esencial, ¿cómo ha sido?

-Se ha ahorcado en uno de los olivos a las afueras del pueblo, lo siento y se marchó el agente.

Frank agarrado a los barrotes con ambas manos mirando al techo gritó: ¡le vieron, le vieron en la casa! ¡Maldito seas Fernando, maldito seas! y comenzó a llorar, apoyando su frente contra los barrotes, observándole su compañero de celda desde la litera de arriba sin mediar palabra.

Por otro lado Fernando celebraba la victoria y el plan perfecto tomándose un vaso de whisky y encendiéndose un buen habano mientras esperaba a Ricardo para conseguir de una vez por todas el deseado sexo que le negaba debido a la preparación del juicio y respeto a su difunta prima. Ricardo en unos de los paseos en días anteriores al juicio prometió a Fernando que en unos seis meses y dejando todo arreglado en Barcelona, se irían juntos a tierras costeras andaluzas y disfrutar juntos la vida.

Mientras soñaba despierto tumbado en su sofá, unas manos taparon suavemente sus ojos, era Ricardo que llegaba alegre por el resultado del juicio, pero no podían expresarlo como deseaban debido a que rondaban por la casa los empleados del hogar.

-¿Sabes que se ha suicidado el padre del delincuente ese? Preguntó Ricardo.

-¿enserio? _Preguntó con asombro fingido_, todo se paga en esta vida cariño.

Cuando el jardinero avisó a Fernando que vio a Eugenio salir de su casa, se encargó personalmente de él, procurando que pareciera un suicidio.

-Lo han encontrado a las afueras del pueblo, entre los olivares, no es fácil descubrir que tu único hijo es un asesino. -dijo Ricardo.

-Me da pena por él, pero me alegro por su hijo, quiero que sufra el muy cobarde. _dijo Fernando_.

Mientras, en el centro penitenciario, dos agentes bien untados, llevaron a

Frank al calabozo, le golpearon con porras una y otra vez durante unos interminables treinta minutos, con el cuidado de no darle en la cara ni romperle ningún hueso puesto que el juez le permitió asistir al día siguiente esposado y custodiado al funeral de su padre. A las nueve de la mañana comenzaba el funeral, un coche patrulla con tres agentes lo trasladaron al lugar, únicamente estaba el clérigo, dos campesinos que insultaban a Frank, éste y los tres agentes. Frank se quedó inmóvil, mirando el ataúd, le brotaron varias lágrimas pero no pronunció ni gesticuló nada, parecía haberse transformado en otra persona, sólo deseaba que esa noche le dieran una paliza tan fuerte que nunca más despertara. Pero, llámenlo energía, karma, equilibrio o Dios, pero volviendo al centro penitenciario se cruzó en mitad de la calzada un ciervo, al intentar el coche patrulla esquivarlo colisionó contra una encina, dejando gravemente heridos a los dos agente que iban en la parte delantera del vehículo, el tercer agente se golpeó su cabeza contra el cristal y Frank fue investido contra el sillón del conductor, quedando mareado pero ileso, el agente que iba detrás intentó retener a Frank, pero éste le propició varios golpes con sus manos esposadas y logró fugarse hacia el monte de encinares.

Frank comenzó a correr sin mirar atrás, sólomente escuchaba su respiración y el desbroce de los hierbajos al pisotearlos mientras corría, su alma buscaba la libertad, su consciencia exigía venganza, corría, tropezaba y seguía corriendo, a lo lejos se oían disparos, uno de los agentes pidió ayuda para ellos y apoyo para capturar a Frank. Llegaron las ambulancias y los apoyos, hicieron una búsqueda exhaustiva con perros durante horas y días pero sólo encontraron cerca de una carretera el uniforme del preso, días después dejaron la búsqueda y colocaron carteles con su foto y una recompensa que puso don Carlos de cinco millones de pesetas.

Fernando estaba angustiado, sabía que Frank lo buscaría, los agentes mencionaban que se había ido de Extremadura y estaría escondido en algún pequeño pueblo de cualquier parte de la península, tranquilizaron a Fernando insistiéndole que no se preocupara, Frank no osaría volver, sabiendo lo que le espera si lo hiciera. Fernando a pesar del comentario de los agentes decidió contratar a dos guardaespaldas.

Eran dos personas de dudosa reputación con antecedentes penales, preparados a conciencia para el encuentro que se produciría con Frank, o al menos eso pensaba.

transcurren las semanas, los meses, hasta pasar dos años y no hay noticias de

Frank, Fernando comienza a relajarse, hacía tiempo que despidió a sus guardaespaldas.

Mañana cumplía dos años la muerte de Elisa y como el año anterior acudieron sus padres, algún que otro familiar cercano, los vecinos del pueblo, Fernando y Ricardo, atendiendo al mensaje del clérigo y colocando decenas de ramos sobre la puerta del panteón familiar, uno a uno se fueron marchando, entre ellos Ricardo que debía acudir a correos para enviar una carta a sus padres, al llegar a su coche aparece alguien detrás de un chocho, con traje negro, camisa blanca, sombrero y una gran barba negra. Saca un revolver le apunta y le dice: -¡monta en el coche y no hagas ninguna tontería!

-no llevo dinero encima, tenga el reloj valorado en ochenta mil pesetas y el coche que...,

-¡Calla! No quiero tu sucio dinero, conduce hasta donde yo te diga.

A Ricardo le sonaba esa voz y sospechaba quién podría ser.

Frank esperó a que se calmasen las aguas y encontrar la oportunidad perfecta para hablar con el abogado. El momento había llegado.

Se adentran en un viejo establo abandonado, Ricardo pensaba que no saldría vivo de allí.

-¡No me mates, por favor! _dijo con voz temblorosa_

-¡Escúchame! Le decía mientras se quitaba el sombrero y la barba.

-¿Frank? Simplemente soy abogado, no fue nada personal, tan sólo cumplí con mi deber y no...,

-¿me quieres escuchar Ricardo? ¡Siéntate! ¿Quieres un cigarrillo?

-no, no fumo. -Dijo con nerviosismo_ ¡Mírame!

Si te quisiera matar ya lo habría hecho y sin testigos ni pruebas como el asesinato de mi padre. Ricardo, no soy un asesino, no mate a Elisa, la versión que conté era totalmente cierta pero Fernando me tendió una trampa, entiendo que no me creas, es el amor de tu vida.

Ricardo lo miró sorprendido y le preguntó: -¿Cómo lo sabes?

-Conozco vuestro romance desde hace bastantes años, el amor de tu vida se desahogaba conmigo en todos los aspectos, si Ricardo, en todos. Me contó la aventura del río cuando os vio Elisa haciéndolo en la orilla, sé de las trescientas cartas que le enviaste y no recibió, lo sé todo Ricardo hasta que Fernando nunca amó a Elisa ni tú a esa tal Mélody.

-¡No me lo puedo creer! _exclamó con la mirada desorbitada_

-Sí Ricardo, cuando nos vio Elisa haciéndolo en el despacho le amenazó con

dejarle para siempre y corrió hacia su coche, Fernando salió a buscarla volviendo a la media hora aproximadamente y me dijo que no la había visto, que fuera yo a buscarla al lugar donde daría su padre la conferencia, sabiendo lo que me encontraría y mi única coartada era él, limpió su despacho y fingió estar dormido, negando después todo a los agentes, ésta es la auténtica verdad Ricardo.

-¿Me estás diciendo que Fernando asesinó a su mujer?

-Elisa dijo que contaría todo a su padre sabiendo Fernando que sería su ruina y la de su familia, estaba ebrio y no dudó en matarla. Piensa por un momento Ricardo ¿por qué mataría yo a Elisa? Me hubiesen despedido y no hay más, me habría ido con mi padre a otro lugar a buscar trabajo, ¡no tengo un móvil! Te pido por favor que revises los restos de tejido que hallaron entre los dientes de Elisa y los compares con los tejidos que veas en casa de Fernando, aunque dudo que aún lo conserve pero eres mi única oportunidad, si no lo encuentras te prometo que me iré lejos de aquí.

Frank se puso el sombrero, se colocó la barba y cuando se marchaba miró hacia atrás y le dijo: -¡Inténtalo Ricardo! Por mí, por mi padre, por tu prima y por lo que crees, la justicia, no olvides que todas las noches duermes con el asesino de tu prima. –dijo mientras cerraba la puerta.

Ricardo no podía, ¡no quería! Creerse lo que había pasado, el amor de su vida, el amante perfecto, cariñoso, romántico, amable, detallista, era un asesino.

Se levantó con la mirada perdida y muy despacio se marchó imaginando como mató a su prima, llegó a casa de Fernando con el rostro pálido.

-¡Ricardo! ¿Qué te ocurre? Tienes mala cara.

-Nada, nada que casi sufro un accidente con el coche. –dudaba si contárselo o no, el móvil de Fernando parecía evidente, pero su alma gemela no podía ser un asesino.

Ésa noche como en otras muchas, Fernando daba al servicio la noche libre para disponer de la intimidad deseada, los empleados hacía tiempo que conocían la amorosa relación pero ninguno se atrevía a confirmarlo.

Hicieron el amor intensamente, a Ricardo le encantaba recibir mientras mordía la almohada, en ese momento nada importaba, todas las ideas se desvanecían, sólo sentía el momento y Fernando era un generoso amante.

Después se sumergieron en un placentero sueño, al menos Fernando,

Ricardo comenzaba a darle vueltas al asunto y sin pensarlo dos veces dice: -Cariño.

-Dime, no me pidas hacerlo otra vez que estoy agotado y mañana madrugo.
-No, es otra cosa, ¿llegaste a tener confianza con ese bastardo?
-¿Con quién?
-Con Frank, cariño.
-¿A qué viene esa pregunta ahora?
-No sé, simplemente es curiosidad-
hubo un pequeño silencio y contestó:
-Confiaba en él sí, pero sólo en asuntos de trabajo.
-¿Le contaste algún día lo nuestro?
-Ricardo, ¿por qué me preguntas eso? ¡Claro que no! No he contado nunca a nadie lo nuestro, ¡a nadie! Y ahora déjame dormir por favor cariño.
-está bien, hasta mañana. _dijo mirándolo de reojo.
A Ricardo se le erizó el bello al comprobar que parte de la versión de Frank era cierta y que su pareja le había engañado sin ningún tipo de escrúpulos.

Suena el despertador a las siete de la mañana, Fernando se levanta, se arregla y da un beso a los labios de Ricardo antes de marcharse, ese día debía de complacer a unos compradores e iba a enseñarles sus extensas hectáreas. Ricardo que se hizo el dormido cuando recibió el beso, esperó a que marchara Fernando para buscar la trascendente prenda, varias horas después sale Ricardo del despacho con las manos vacías, no encontró nada fuera de lo normal.

El amor que sentía hacia Fernando era tan grande que a los pocos días dejó de pensar en la conversación que mantuvo con Frank.

Transcurrieron varias semanas y se acercaba una fecha especial, las bodas de plata de don Carlos y su mujer, en un principio éste no quería celebración debido al asesinato de su hija, pero su mujer sabía que le hacía falta desahogarse un poco, estaba cayendo en un pozo sin fondo lleno de depresión y angustia, por tal, su mujer utilizó todos sus medios para coaccionarlo y de hecho lo consiguió, dicha celebración sería el doce de diciembre.

Faltaban tan sólo catorce días pero entre preparativos e invitaciones el día se aproximó fugazmente.

Tal fecha fue elegida por don Carlos hace veinticinco años debido a que por aquellos tiempos un poderoso inversor andaba por esa zona y que mejor elección que demostrarle su confianza invitándole a su boda, para don Carlos todo era negocios, al menos antes de la muerte de su hija.

Era una mañana de duro invierno, el frío golpeaba el rostro y el silbido del viento parecía ensordecedor, pero el segundo enlace se producía en el interior de un gran salón con todas las comodidades y una agradable temperatura, todo fue a la perfección, el enlace, la cena y comenzaba el deseado baile, Ricardo y Fernando hablaban sobre los pocos días que les quedaban para por fin marcharse al soñado pueblo pesquero de Andalucía, llamado; Setenil de las Bodegas en Cádiz. Ricardo fue a por dos copas de champagne mientras Fernando quedó conversando con un socio, vuelve y ofrece una copa a su amado y otra al socio, viendo sin darse cuenta en principio de un pequeño detalle pero a la vez importantísimo, a Ricardo se le derrama su copa al suelo, se sostiene sobre una silla para no caerse, enseguida Fernando lo sujeta y le pregunta: -¿Te ocurre algo?

-no, tranquilo ha... ha sido un pequeño mareo, salgo un... un momento fuera a tomar el aire. _dijo aterrado_

-¡Voy contigo!

-No, descuida, necesito estar un momento a solas, tranquilo que no me ocurre nada, de verdad.

Marchó a la terraza y pasaron por su mente varios recuerdos que tuvo durante la conversación con Frank, “por favor Ricardo busca cualquier prenda que esté descosida, dañada o algo similar”

Cuando Ricardo ofreció la copa a Fernando observó como el dedo índice del guante de su mano izquierda tenía dos pequeños orificios casi inapreciables a simple vista, sin ninguna importancia para cualquier persona, pero Ricardo no dejaba de pensar si esa prenda fue la que selló los labios de Elisa o simplemente era mera casualidad, después de secar el sudor de su frente y guardar el pañuelo, volvió a la fiesta con disimulo y comenzaron a hablar sobre temas triviales.

Sobre las cinco de la mañana volvieron a casa, Fernando estaba deseando hacerle el amor y Ricardo de ver donde guardaba los dichosos guantes negros.

Fernando entró en su despacho para tomarse una última copa y subirse juntos a la habitación, salió del despacho con dos copas de whisky pero sin guantes, tal detalle no pasó desapercibido para Ricardo, ambos se acurrucaron en el sofá bebiéndose esa última copa, dándose besos y caricias que predecían otra noche desenfrenada, Ricardo comenzó a besar la mano del guante descosido mirándola detenidamente, observando con asombro lo que se temía, tres pequeñas cicatrices debajo de la tercera falange y dos encima, no cabía duda, esas cicatrices eran de una mordedura.

Fernando muy gozoso con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia el techo, estaba tan excitado que subió al dormitorio en brazos a Ricardo, éste a pesar del terrible hallazgo no podía resistirse a hacer el amor con el mejor amante, ¡lo hacía genial! Y sentía un placer que sabía que pronto podría dejar de sentirlo.

Esa noche Ricardo lo hizo con todas sus ganas, se abrazó a Fernando y las energías fluían por ambos cuerpos, el placer era inmenso, hacía tiempo que sobrepasaron las puertas del paraíso, se subió encima de Fernando y cabalgó como si lo persiguiera el mismísimo diablo, gimiendo como si lo azotasen sin piedad finalizando ambos agotados, abrazados, sumergidos en un placentero sueño.

A la mañana siguiente sobre las doce, Fernando se marcha con su capataz Miguel para ver como marchaba la recogida del algodón, Ricardo se sirve de la ausencia para entrar en el despacho. No dedicó demasiado tiempo en encontrar el intrigante guante, con presura lo mandó a comparar con el tejido hallado en los dientes de Elisa, insistiendo que fuera lo más rápido posible, el especialista indicó que en tres días tendría los resultados, Ricardo exigió como un favor a don Carlos si podía ser la fecha un poco anticipada, al decir el nombre se le cayó una probeta al suelo, Ricardo lo miraba sonriente.

-¿Tres días dije? Quise decir tres horas señor.

-Perfecto, sobre las cinco me pasaré. _dijo serio_

Vuelve a casa y un empleado le dice:

-señor Ricardo, ha preguntado por usted don Fernando.

-¿Dónde está? Preguntó preocupado.

-No lo sé sr, ha salido a prisa con el coche.

Ricardo temía lo peor, que Fernando se hubiese percatado de la falta del guante.

Sobre las cuatro llega Fernando y pregunta gritando: -¿Ricardo, estas en casa?

-Sí, estoy en el salón. –dijo mientras disimulaba parecer tranquilo e indiferente.

-¿Dónde has estado? _pregunto con premura_

-En el juzgado rellenando unos formularios, ¿por qué lo preguntas?

-No por nada en especial, esta mañana te han visto salir de casa muy apresurado y pensaba que te había pasado algo.

-Tranquilo, sólo era eso. –dijo extrañado Ricardo. A las cinco tengo cita con el dentista.

-Bien, voy contigo.

-No, no, descuida, es sólo una visita rutinaria.

En el ambiente se sentía algo, una energía negativa que envolvía como una garra a ambos.

Ricardo llegó puntual al centro de pruebas y diagnósticos.

-Buenas tardes, ¿has encontrado alguna coincidencia con ambas telas?

-el especialista mira fijamente a Ricardo y le pregunta: -¿Dónde has encontrado el guante?

-¡Dime! ¿Coinciden?

El especialista queda mudo durante unos interminables segundos y responde:

-al cien por cien.

Ricardo se tapa el rostro con ambas manos y comienza a susurrar: -¿por qué?

¿Por qué lo hiciste?

-¡Esta prueba es trascendental! Debe quedarse aquí, los agentes le harán unas preguntas.

A los pocos minutos llegaron los agentes y comenzaron el interrogatorio, Ricardo estaba nervioso y con un gran sentimiento de culpa pero sabía que debía hacerlo, les contó toda la verdad.

Dos patrullas fueron a la casa de Fernando, y se lo llevaron como sospechoso del asesinato de su mujer.

Ricardo fue a casa de su tío y le explicó lo que había sucedido, don Carlos y su mujer no daban crédito a lo que estaban escuchando, insistían que debía de haber un error, Fernando no era un asesino. Pero la prueba era evidente y se resignaron ante ella.

Don Carlos habló con el juez y le exigió que el juicio fuera lo más rápido y reservado posible, así lo hizo.

Ricardo fue a comisaría a hablar con Fernando, ¿cómo fuiste capaz de matar a Elisa? Tu amiga incondicional de la infancia, mi prima hermana, ¡Tu mujer, maldito seas! –dijo tirando su maletín al suelo.

-Cariño, ¿no te das cuenta que me han tendido una trampa? Esos guantes los han colocado en mi despacho cualquiera, el servicio e incluso ese Frank. Amor, no permitas que encierren a tu alma gemela, que nos quiten el deseo de irnos juntos al sur, no apagues la llama de nuestro amor por una falsa prueba.

-Fernando, no sigas mintiendo, esos guantes los vi en tus manos en el aniversario de mis tíos.

-¡Cariño, me los cambiaron! Los míos eran idénticos y Frank lo sabía.

-Tranquilo Fernando, si eres inocente no entraras en prisión. –dijo mientras se marchaba.

-¡Claro que soy inocente! –dijo gritando Fernando.

Fernando sabía que esa prueba la pudo colocar cualquiera, no le podrían encarcelar.

Llegó el día del juicio, Fernando disponía de un magnífico abogado, aclamado en sus círculos por sus innumerables éxitos, se había preparado bien su defensa, no tenía duda que su cliente sería absuelto con facilidad.

Al comienzo del juicio aparece Frank, todos los asistentes se quedan perplejos e incluso Ricardo, los agentes rápidamente lo esposan, el juez le indica que se siente en el banquillo de los acusados, cerca de Fernando. Pues dependiendo de la sentencia sería libre o encerrado de por vida, Ricardo lo mira y sonríe pero cuando observa a Fernando siente como su corazón late con más intensidad, pero sus principios exigían justicia.

El juez preguntó a Ricardo donde había encontrado esos guantes, éste le contó toda la historia e incluso que habló meses atrás con Frank, Fernando no daba crédito lo que estaba escuchando.

Su defensa muy segura de sí misma indica al juez: -Señoría, mi cliente ha sido saboteado por la persona que mejor lo conocía, Frank. –indicó señalándole. Primero sugestionó a Ricardo, convenciéndole que él no era el asesino e insinuándole qué y dónde buscar la prenda, que anteriormente él mismo colocó, sabiendo que sólo era cuestión de tiempo que Ricardo la encontrase. Este magnífico plan fue obra única y exclusivamente de esa persona. –dijo señalando nuevamente a Frank. Guiñándole un ojo a Fernando, indicándole que la partida estaba ganada.

Sin duda todos creían la defensa de Fernando, el juez, don Carlos, hasta su propio abogado realmente lo creía.

Pero faltaba la última jugada, Ricardo se levanta muy despacio, mirando unos archivos que tira sobre su mesa, mira fijamente con los ojos lagrimosos

a su amado y dice: -Señoría, mando subir al estrado a Fernando.

Un gran murmullo ensordece la sala, -¡Silencio! –gritó el juez.

-¿A dónde quieres ir a parar? Esa prenda no es prueba suficiente para inculpar al señor Fernando. –dijo exaltado el juez.

-señoría, tan sólo quiero hacerle una sencilla pregunta, en cuanto la respuesta será todo suyo.

-Está bien, adelante. –dijo en tono indiferente.

Mientras se sentaba Fernando le susurraba: -pero, ¿Qué estás haciendo Ricardo?

-La pregunta es sencilla, te pido por favor que me mires a los ojos y me digas que eres inocente.

Fernando efectivamente le miró a los ojos y le dijo: -¡yo no asesiné a Elisa!

Apresuradamente Ricardo apartó vigorosamente la mirada y dijo: -señoría aquí tengo el guante que tapó la boca de Elisa mientras la apuñalaba por la espalda, el guante que usó en el aniversario de los padres de Elisa, el guante que vi como lo guardó en su despacho. Tenga señoría fíjese bien en las hendiduras que posee el dedo índice que fueron desgarradas por los dientes de Elisa como último intento de sobrevivir, ¡Fíjese bien, señoría!

Fernando entonces rápidamente miró su dedo índice y observó unas pequeñas y olvidadas cicatrices, su corazón se estremeció, comenzó a tener un sudor frío, su partida llegaba a su fin, miró a los ojos de su amado con los suyos llorosos y le susurró: Por favor cariño, ¡no lo hagas!

-¡Es lo justo Fernando! –dijo en voz baja. Señoría, si se fija coinciden exactamente con las cicatrices que tiene el acusado en la misma mano, en el mismo dedo y en la misma falange.

La sala se sobrecogió, don Carlos miró asombrado a Fernando, su abogado defensor se quedó como nunca en su vida antes, sin palabras, recogió sus documentos y cerró su carpeta.

-Coinciden, no cabe duda. –dijo el juez.

Fernando fue condenado a ciento ochenta años de cárcel.

Frank sin embargo quedó absuelto de todos los cargos que le habían sido imputados. Se levantó de su asiento y abrazó muy agradecido a Ricardo, éste no le demostró la misma felicidad, pues había condenado a su único y verdadero amor.

-Gracias señor Ricardo, sabía que era un hombre de principios, recuerde que ha salvado a un inocente y castigado al culpable, incluso siendo el amor de tu vida, no quedan muchos hombres como usted, mil gracias por devolverme

la vida.

Éste asintió y le sonrió, marchándose observando como la llama se apagaba mientras le colocaban las esposas, Fernando le miró sonriente y le dijo: -No te preocupes, nos volveremos a ver en la próxima vida.

Cuando Frank se marchaba, sintió como alguien le sujetaba el brazo derecho, se giró y vio a don Carlos que con tono serio pero amable le dijo: - Lo siento Frank, intentaré compensarte todo el dolor que te hemos causado. –dijo entregándole un cheque en blanco para que escribiera la cifra deseada.

Frank cogió el cheque y sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa, escribió algo, dobló el cheque por la mitad, lo introdujo en el bolsillo de la chaqueta de don Carlos y se marchó. Éste sonriente, suponiendo que todo en la vida tiene un precio, desdobra el cheque y su sonrisa desaparece al instante, en el cheque aparecía escrito: “que vuelva mi padre”

Abrazó a su mujer y salieron juntos del juzgado, aprendiendo una gran lección de humildad, deseando encontrar a los soberbios padres de Fernando.

A éste no se le pudo culpar por el asesinato del padre de Frank, no porque no hallasen pruebas del delito, sino porque al tercer día los guardias lo encontraron desangrado en el patio con tres puñaladas en el costado y una prenda en su boca.

Ricardo, simplemente desapareció.

Sólo unos pocos dicen que lo vieron subir a un tren dirección al sur, otros, que cumplió las últimas palabras que le dijo su amor...

Fuera cual fuere su destino, terminó siendo el mejor hombre que he conocido.

Capítulo 2

Este es el texto del capítulo 2.

Capítulo 3

Este es el texto del capítulo 3.

Capítulo 4

Este es el texto del capítulo 4.

Capítulo 5

Este es el texto del capítulo 5.

Capítulo 6

Este es el texto del capítulo 6.

Acerca del autor

Este es el espacio para hablar de ti.